

Muralismo y militancia: estrategias para intervención comunitaria



Autor: Valenzuela Arias, Felipe Ignacio

Docente guía: Cofré Cerda, Fernando

Tesis para optar al grado académico de Licenciado en Trabajo social y al título profesional de Trabajador Social

Santiago, Chile, 2025

Agradecimientos.

Agradezco infinitamente a las personas que me han apoyado y estado conmigo en cada proceso de la vida, el poder seguir en pie de guerra a pesar de las caídas y dificultades no sería posible si no existieran las personas que tengo en mi cercanía.

En esta ocasión me gustaría agradecer a mi familia, mi mamá que es el pilar fundamental y el principal motor motivacional para lograr todo lo que me proponga y poder ver una sonrisa en su rostro.

A mi abuela Marta que no está presente y le hubiera gustado ver la consolidación de este proceso, a mis abuelos fuera de Santiago y mi tata regalón que me sigue preguntando si ya terminé el colegio.

A mis hermanos y amigos que me soportaron en cada momento y me dieron un aliento de ánimo y apoyo por cada vez que quise tirar la toalla.

Agradecerle a cada compañero que tuve y conocí en la universidad y todo el camino recorrido nos tocó pasar, las clases, las risas, los caídos en el camino y los que siguen presentes, a pesar de esto nada hubiera sido igual sin la existencia de Camilo, Milenka y Valentina que sin ellos, me hubiera quedado a mitad de camino y son ellos quienes hicieron que la universidad sea un lugar grato y amable, digno de ser recordado a cada momento y con gusto, de verdad muchas gracias y los quiero demasiado.

Agradecer a mis compañeros de la Brigada por brindarme la bienvenida, el apoyo y la confianza para integrarme y ser parte de tan maravillosa agrupación.

Sin olvidar a todos mis profesores que me han visto crecer en estos años de formación, al profesor Fernando y Soledad por su eterno apoyo y paciencia.

Finalmente quiero agradecer a mi compañera de aventura y emociones Javiera, que realmente sin su amor, comprensión, ternura e inagotable apoyo, nada de esto hubiera sido posible.

Gracias totales.

Contenido

Introducción:.....	4
CAPÍTULO I	9
MARCO DE ANTECEDENTES	9
<i>Antecedentes del Problema:</i>	10
<i>Pregunta/s de Investigación:</i>	22
Objetivo General:	23

<i>Objetivos Específicos:</i>	23
Justificación:	23
CAPÍTULO II	27
MARCO TEÓRICO	27
Historia del Trabajo Social: Evolución y Compromiso:	30
Trabajo Social en Chile:	32
La Acción Social como Dimensión Comunitaria en Resistencia:.....	34
El muralismo como expresión artística o cultural:	36
Tipos de Muralismo	40
<i>Muralismo Tradicional o Precolombino:</i>	41
<i>Muralismo Renacentista:</i>	42
<i>Muralismo Modernista:</i>	42
<i>Muralismo Político y Social:</i>	43
<i>Muralismo Abstracto y Experimental:</i>	44
<i>Muralismo Urbano y Graffiti:</i>	46
Muralismo: Arte Colectivo y Acción Política en la Lucha Social y Cultural:.....	48
Muralismo y Trabajo Social: una estrategia de intervención:	51
CAPÍTULO III	54
MARCO METODOLÓGICO	54
Enfoque epistemológico:.....	55
Enfoque metodológico:	56
Alcance de la investigación:.....	58
Técnicas de producción de datos:	59
<i>Entrevista Semi-Estructurada:</i>	59
<i>Pauta y/o matriz de diseño:</i>	59
Selección de Participantes:.....	60
Estrategia de muestreo:	61
Aspectos Éticos:.....	62
Trabajo de campo:	63
Estrategia de análisis:	64
Capítulo IV.....	65
Análisis.....	65
Rol del muralismo en el trabajo comunitario:	65
Tensiones que actualmente enfrenta el muralismo en el trabajo comunitario:	68
Muralismo como estrategia de intervención social desde un enfoque comunitario:	69
Conclusiones.....	71

El muralismo como herramienta de resistencia y memoria colectiva:	71
Muralismo y su impacto en la identidad, educación y transformación social:	73
Referencias bibliográficas:.....	75
ANEXOS	80
Anexo N°1	80
Consentimiento informado	80
Anexo N° 2.	81
Pauta de Entrevista.....	81

Introducción:

El muralismo en Chile ha emergido como una forma potente de arte social y colectivo, que va más allá de su función estética para convertirse en un medio de expresión política, cultural y comunitaria. Este seminario se enmarca en una experiencia de investigación participativa en espacios de acción colectiva que se materializan en los muros de la ciudad, los cuales, como señala Stahl (2009), "unirán la posibilidad barrial de relacionarse con las necesidades del entorno, generando identidades que, a su vez, tendrán una conceptualización colectiva o comunitaria" (p. 274). En estos muros se encuentran no solo imágenes y colores, sino también una representación viviente de la realidad, un medio de participación que interpelan tanto a los sujetos que los crean como a los que los observan.

El propósito central de esta investigación es explorar cómo los murales, como herramienta de intervención social, pueden generar espacios de encuentro y participación activa en la comunidad. Este trabajo está particularmente enfocado en la Brigada Ana Luisa, un colectivo que desde el año 2022 ha trabajado en Santiago con el objetivo de impulsar procesos de muralismo militante, donde la producción artística se combina con la lucha social y la transformación comunitaria. La Brigada se constituye como un espacio que prioriza los procesos colectivos por encima de la imagen final, buscando un propósito claro y ético en su trabajo, como es la lucha contra las opresiones estructurales que afectan a los cuerpos y territorios.



Brigada Ana Luisa (2024) Logo.

El muralismo militante, tal como lo practica la Brigada Ana Luisa, se fundamenta en un compromiso individual y colectivo con los principios de la lucha de clases, la solidaridad de clase, y el fortalecimiento de la comunidad. Este enfoque está alineado con los valores propuestos por el trabajo social, disciplina que también aboga por la justicia social, los derechos humanos y el respeto por las diversidades, reconociendo la importancia de la participación activa y el empoderamiento de las comunidades. De acuerdo con las definiciones de trabajo social, esta profesión se define como "una disciplina que facilita el cambio y desarrollo social, la cohesión social, y el empoderamiento y liberación de las personas" (Federación Internacional de Trabajo Social, s.f.), resaltando los principios éticos de justicia social y respeto a la diversidad, los cuales resuenan profundamente en las prácticas del muralismo militante



"El primer gol del pueblo chileno". Mural realizado por el pintor Roberto Matta y la Brigada Ramona Parra en el año 1970¹.

A través de esta investigación, se busca problematizar la experiencia de ser parte de un colectivo que, a través del muralismo, fomenta una acción comunitaria, no solo creando imágenes, sino también abriendo un espacio para la reflexión colectiva sobre las problemáticas sociales. El muralismo no es solo un acto artístico; como señala el Chicana Feminist Collective (2003), "el muralismo no es sólo arte; es un acto de resistencia y participación, donde las comunidades no solo consumen el arte, sino que se convierten en actores directos en su creación y en el discurso que genera" (p. 108). Esta propuesta destaca cómo el muralismo se convierte en una herramienta clave para fortalecer las comunidades inclusivas y diversas, de acuerdo con los principios del trabajo social, como también lo señala la Federación Internacional de Trabajo Social (s.f.), "trabajamos por fortalecer comunidades inclusivas que respeten la diversidad étnica y cultural de las sociedades" (p. 6).

¹ Mural ubicado en la comuna de La Granja. Este mural fue elaborado como forma de celebrar el primer aniversario del gobierno de la Unidad Popular, generando así una de las primeras instancias participativas en conjunto con los jóvenes y vecinos de los territorios, no obstante, con posterioridad al golpe de estado, la obra fue enteramente borrada o así se pensaba hasta su redescubrimiento y restauración en el 2008.



Niños analizando su expresión y el cómo será plasmado (2024) [Fotografía]. Fuente: Archivo personal.

Por lo tanto, este trabajo además, explorará cómo el muralismo, como forma de arte social y acción colectiva, se convierte en un mecanismo poderoso de transformación comunitaria. En este sentido, la creación del mural no solo se limita a una intervención estética, sino que se extiende a una estrategia de resistencia frente a las injusticias sociales y como una forma de reapropiarse del espacio público, visibilizando problemas históricos, políticos y sociales. Este enfoque se alinea con las prácticas del trabajo social, ya que ambos comparten una visión común de la importancia de la comunidad y la participación activa en la transformación social.



Mural de resistencia realizado por la Brigada Ana Luisa en el contexto de las viviendas incendiadas, Viña del Mar. (2024). [Fotografía].

Fuente: Archivo personal

En las siguientes páginas, se profundizará en cómo la creación de murales en Santiago de Chile no solo refleja el contexto social y político, sino que también como puede ser significada por sus exponentes, como una plataforma para generar diálogos sobre cultura, política e historia, y como una metodología de intervención social en espacios comunitarios. Interrogando al muralismo en su dimensión política y social que contribuye a la construcción de identidades colectivas y a la creación de un espacio de encuentro para la comunidad, en la que se reconoce la dignidad humana y se promueven principios de justicia social.

CAPÍTULO I

MARCO DE ANTECEDENTES

El presente capítulo tiene como objetivo dar a conocer el trabajo de la Brigada Ana Luisa, un colectivo que ha utilizado la pintura como herramienta de expresión colectiva frente a problemáticas sociales, promoviendo además la participación comunitaria. A lo largo de su historia, la brigada ha realizado diversas intervenciones artísticas que han servido como medio para visibilizar temas de gran relevancia social, tales como la desigualdad, el derecho a la vivienda, la violencia de género y la memoria histórica, etc. En este sentido, se busca interpretar cómo, a través de los murales, los artistas fomentan la construcción de identidades locales y colectivas, estableciendo el muralismo como un vehículo de resistencia y visibilización.

De esta manera, se pretende mostrar cómo el muralismo surge no solo como una forma de arte estética, sino también como una práctica inserta en dinámicas sociales y políticas en constante evolución. Este fenómeno artístico se vincula íntimamente con los procesos de transformación comunitaria e intervención social, sirviendo como un canal para que las comunidades expresen sus demandas y preocupaciones. Los murales se convierten en un medio para amplificar las voces de aquellos sectores que, en ocasiones, son silenciados en los discursos dominantes.



Mural de resistencia en la toma “17 de Mayo”, Cerro Navia (2024). [Fotografía].

Fuente: Archivo personal

Asimismo, se indagará en las particularidades teóricas que permiten reconocer el muralismo como una herramienta eficaz para la intervención social y colectiva, abriendo un espacio para la reflexión sobre la función del arte en la transformación social. Este análisis permitirá comprender cómo, más allá de su dimensión estética, el muralismo se configura como una estrategia comunicacional y transformadora que involucra a la comunidad en un proceso activo de cambio. A través de los murales, las comunidades se convierten en agentes activos de su propio relato, reforzando la importancia de la memoria colectiva y la identidad local. Así, se puede considerar el muralismo como una herramienta de intervención social en el ámbito comunitario del trabajo social, donde el arte se convierte en un motor de cambio, cohesión y empoderamiento.

Por otro lado, será fundamental realizar un recorrido por la historia del trabajo social y su evolución teórica y práctica, a la luz de las transformaciones sociales. A través de este análisis, se podrá observar cómo el trabajo social ha incorporado el arte y las prácticas culturales como parte de su enfoque metodológico para promover la integración, la equidad y la justicia social. En este contexto, el muralismo emerge como una respuesta creativa y efectiva ante los desafíos que enfrenta la comunidad, destacándose como una herramienta clave para la intervención social contemporánea.

Antecedentes del Problema:

Es interesante cómo los muros pueden albergar historias y acontecimientos que reflejan las trayectorias de las colectividades, dando vida a través de colores, consignas o símbolos, y estableciendo un diálogo con la sociedad. De este modo, interpelan al receptor o la receptora de manera específica, generando la significación y resignificación de un mensaje que refleja una realidad concreta.

Caminamos por las calles de Santiago de Chile sin prestar mucha atención al

contenido que puede esconder una pared en blanco o una muralla llena de símbolos, firmas o dibujos. A menudo, no somos capaces de percibir que, en sus colores y tipografías, se expresa la identidad de sus creadores, quienes generan una manifestación cultural vinculada a la comunidad, la identidad, la memoria, la pertenencia y, sobre todo, su realidad. Estos mensajes buscan transmitir un sentido identitario o político, o bien, dejar una simple huella en la ciudad gris, que va desde un "yo estuve aquí" hasta un "esto está sucediendo" o "comprendemos esto como parte de nuestra realidad".

De este modo, no es posible encuadrar este fenómeno dentro de una estética específica ni de una corriente artística definida. Sin embargo, podemos reconocer que estos métodos han sido transversales a lo largo de los procesos históricos, ya que siempre se han buscado diversas maneras de expresar un mensaje, lo reprimido o lo idealizado de la realidad. Como señala Johannes Stahl (2009), "se caracteriza por lo no oficial, por aparecer en todas las épocas y lugares, como una expresión elegida para transmitir un mensaje omnipresente, honesto y provocador".



Mural de la Memoria, la Pincoya (2024). [Fotografía]. Archivo personal

La ciudad se presenta constantemente como una tela en blanco, que es cubierta sin cesar por grupos o brigadas que transforman este espacio en un lugar vivo, capaz de despertar diversas sensaciones en el espectador o transeúnte. Algunos disfrutarán de su estética y valor artístico, mientras que otros los verán como meros dibujos sin gracia que no responden a su definición hegemónica de arte, considerándolos incluso como vandalismo, un crimen contra la propiedad privada o una alteración del orden

público que debe ser sancionada y/o reprimida por las autoridades y el Estado. De acuerdo con la Ley Anti-Rayados (Ley 20.009, 2005), el graffiti puede ser considerado una transgresión, ya que la normativa establece que cualquier daño o alteración en la propiedad pública o privada puede ser sancionado con multas o penas privativas de libertad. Sin embargo, se pasa por alto uno de sus principales objetivos: revelar nuestra percepción de la realidad y conectar con el espectador o la comunidad. Tal como lo menciona el muralista nacional Dasic Fernández, el muralismo y el graffiti son actos de rebeldía que buscan "tomarse espacios privados como si fueran públicos. Es una transgresión y, por ende, ilegal. Busca la adrenalina, es una forma de protestar" (Fernández, 2017, p. 2).



"Luchín". (2016). Mural realizado por el pintor Dasic Fernández para proyecto plazas de bolsillo, Santiago Centro. Fuente: Liraartepublico²

Sin embargo, más allá de su efecto adrenalínico y de su carácter ilegal, es necesario entenderlo, como se mencionó anteriormente, como una herramienta que puede facilitar el encuentro y la construcción colectiva. Esto podría ser una herramienta eficaz para el trabajo social comunitario, ya que, en la búsqueda de prácticas de intervención que fomenten el encuentro y la creación colectiva, permite reflexionar sobre metodologías como el muralismo. Para ello, es fundamental recordar la

² Las plazas de bolsillos surgen como una iniciativa del gobierno, con el fin de recuperar espacios perdidos, revitalizándolos por medio de contenido cultural, económico y social. Lo cual uno de los principales motores era exhibir alguna intervención artística relacionadas al territorio. De esta forma inspirado en Víctor Jara, el artista creó esta obra con el fin de realizar un homenaje a la infancia su belleza y vulnerabilidad que los adultos deben resguardar y proteger.

historicidad de la disciplina, que, a diferencia de otras áreas de las ciencias sociales, es relativamente joven en términos de su desarrollo técnico. No obstante, ha evolucionado en respuesta a los diversos escenarios y a las transformaciones sociopolíticas e ideológicas.

En este contexto, a comienzos del siglo XX, Chile muestra entre sus características socioeconómicas la explotación de la riqueza salitrera en las regiones del norte, así como el uso y la explotación del territorio mapuche en el sur del país. Esto aceleró el proceso de liquidación de las estructuras socio económicas precapitalistas mediante la conquista y mercantilización de las tierras comunitarias indígenas, lo que provocó una liberación masiva de mano de obra en busca de empleo en faenas y centros urbanos (Illanes, 2007, pp. 41-42).

Esta transformación, que originó procesos migratorios del campo a la ciudad, no solo dio lugar a una nueva estructura social, particularmente una nueva clase social, sino que también generó problemas relacionados con la vivienda y sus efectos. En este contexto, el hacinamiento se convirtió en la causa de una serie de problemas higiénicos. La mortalidad infantil fue otro de los problemas que la institucionalidad chilena tuvo que enfrentar durante la consolidación del capitalismo industrializado como sistema económico nacional. En relación con esto, se señala que: “Durante los años 1906-1908, más de un tercio de los nacidos fallecieron...” (Commentz, 1912; en Illanes, 2007, p. 41).

De esta manera, la cuestión social permite ir develando la realidad social, junto con una serie de protestas populares en las que “el ‘cuerpo popular’ se va haciendo progresivamente visible” (Illanes, 2007, p. 43). En este contexto, el Estado, junto con todo su aparato interventor (intelectuales y científicos), someterá a investigación, bajo el principio de objetividad científica, a este cuerpo popular, con el objetivo de “...posibilitar un nuevo pacto social y de desarrollo nacional” (Illanes, 2007, p. 45).

Es principalmente en este escenario donde surge el trabajo social en Chile, ya que “asume el concepto de bienestar social como una aspiración profesional que contribuye a la búsqueda de soluciones a los problemas que dificultan el desarrollo de los individuos y grupos” (Rozas, 1998, p. 15). Puesto que se hacía necesaria una acción que se encargará de los grupos desamparados, asumiendo la responsabilidad de la asistencia pública. Anteriormente, esta tarea recae inicialmente en mujeres

burguesas o en organismos de la iglesia, que realizaban acciones de caridad y filantropía. No obstante, “las necesidades de la población se vuelven cada vez más apremiantes y se transforman en conflictos que afectan la productividad” (Illanes, 2007, p. 48).

Es en este contexto donde nace la profesión ya que, como consecuencia de esta última, y en paralelo al capitalismo y la explotación ejercida por la clase burguesa, es que surge la profesión con un objetivo claro:

“Lograr rehabilitar las facultades disminuidas del hombre, encauzar la provisión de recursos materiales hacia los sectores poblacionales más empobrecidos y, a la vez, trabajar persuasivamente en la prevención de las disfuncionalidades sociales que eviten los posteriores conflictos de desajuste social, los cuales rompen el equilibrio y la estabilidad del sistema” (Torres, 2006, p. 38).

Sin embargo, “la desigualdad social se justifica en el carácter organicista de la sociedad, y de este modo es legitimada” (Parra, s/f, p. 8). El organicismo, una corriente filosófica y sociológica que entiende a la sociedad como un organismo vivo compuesto de partes interdependientes, ha sido un fundamento importante en la justificación de las jerarquías sociales. En este sentido, autores como **Auguste Comte**, **Herbert Spencer** y **Émile Durkheim** han sido figuras clave en el desarrollo de esta corriente. Comte, considerado uno de los fundadores de la sociología, utilizó la metáfora del organismo para explicar cómo las distintas partes de la sociedad (como la familia, la educación y el gobierno) trabajan juntas para mantener la estabilidad y el orden social. Spencer, influenciado por la teoría de la evolución de Darwin, aplicó el concepto de “supervivencia del más apto” a las sociedades humanas, justificando la desigualdad como un proceso natural dentro del desarrollo social. Por su parte, Durkheim, aunque con una perspectiva más enfocada en la solidaridad social, también vio la sociedad como un sistema interdependiente en el que las desigualdades podrían tener una función dentro del equilibrio social.

En este contexto, la constitución del modelo capitalista en su fase industrial contribuye a legitimar la desigualdad, pues las estructuras económicas y sociales del capitalismo se han basado en la producción y distribución de bienes que favorecen a ciertos grupos mientras marginan a otros. Este modelo económico capitalista, que prioriza la maximización de la productividad y el capital, refuerza la noción de que las diferencias

sociales y económicas son una consecuencia natural de las diferencias en habilidades, productividad y competencia entre individuos y grupos.

La desigualdad, en última instancia, surge de “una escasez que resulta necesariamente de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción” (Netto, 2005, p. 64). En otras palabras, el sistema capitalista crea una contradicción inherente entre las capacidades productivas de la sociedad, que podrían satisfacer las necesidades de todos, y las relaciones de producción, que están diseñadas para beneficiar a unos pocos. Este conflicto genera una distribución desigual de recursos, oportunidades y poder. De acuerdo con el análisis marxista, esta escasez no es simplemente una falta de recursos, sino una consecuencia directa de la organización social y económica que mantiene las estructuras de poder y desigualdad.

En el contexto latinoamericano, algunos/as trabajadores/as sociales han adoptado una postura contrahegemónica frente a los principios fundantes de la disciplina. Esta postura crítica surge a partir de las reflexiones generadas por la Reconceptualización. Tal cambio de enfoque es el resultado de una transformación que permite comprender la profesión desde una perspectiva crítica, la cual se manifiesta en las dos primeras etapas de esta: Asistencia Social y Servicio Social. Ambas comparten un denominador común: “consideran a las personas como objetos; aunque no lo expresen explícitamente, reproducen la ideología dominante a través del control que ejercen sobre la cotidianidad de esas personas” (Kisnerman, 2005, p. 57). Esta situación propició una reformulación integral de la profesión, que se reflejó en el cambio de su denominación, pasando a llamarse Trabajo Social. Este cambio subraya la importancia de la realidad en la que se lleva a cabo la intervención, el modo en que los sujetos experimentan sus problemas y cómo la acción transformadora busca superar esas situaciones (Kisnerman, 2005, p. 57).

Este cambio refleja una reconceptualización de los marcos epistemológicos y metodológicos de la profesión, lo que implicó una forma distinta de producir conocimiento, así como de abordar los espacios de intervención y los encuentros con el otro. En este sentido, comenzaron a generarse espacios de encuentro y diálogo en el ámbito de la acción social de la profesión, reformulando los métodos de intervención social en espacios comunitarios y de construcción colectiva. Este enfoque tiene como

objetivo superar un trabajo social que históricamente se había limitado al ámbito caritativo y filantrópico, orientado hacia una mayor selectividad, tecnificación y cientificidad (Gómez, 2015, p. 4). La profesión se centraba en tareas funcionalistas, objetivas y universalistas, buscando disciplinar las conductas bajo un orden predeterminado.

Este cambio resalta la intervención a nivel comunitario y colectivo, enfatizando la construcción grupal y su enfoque en las necesidades específicas de los grupos y comunidades, lo que facilita diversas formas de intervención.

En esta necesidad de enfocarse en las necesidades de los grupos y comunidades, es que el arte se posiciona como una forma de expresión más colectiva y comunitaria, es decir, se convierte en un medio de acción e intervención. En este contexto, el muralismo, como forma de expresión artística, ha dejado una huella en el espacio público a través de la pintura. Este puede ser comprendido desde distintas perspectivas: como una apreciación estética, una herramienta de marketing o una delimitación territorial. Sin embargo, resulta interesante considerar su relevancia en el ámbito político y su proyección contracultural como herramienta de resistencia.

El muralismo tiene una trayectoria histórica que lo vincula como parte activa de los repertorios de acción en las luchas globales, regionales y locales. Genera un contra discurso que se opone al discurso dominante y promueve un proceso des alienante frente a la realidad construida por los medios de comunicación de masas. Las brigadas muralistas reivindican "el paisaje urbano como el primer soporte de comunicación y concientización social" (O. Aguiló, año).



Felipe V. (2024) "Resistiendo al monocultivo". [Fotografía]. Fuente propia.

Este fenómeno se hace evidente en las brigadas Ramona Parra, que crearon murales efímeros en las calles, realizados por militantes que no se consideraban artistas. La acción estaba más relacionada con una intervención coyuntural sobre un hecho político, ejecutada bajo condiciones de riesgo. En sus relatos, se expresa:

"Los recursos eran escasos, pero teníamos lo que nunca tuvieron los propagandistas a sueldo de la burguesía: audacia, juventud y coraje. Para evitar a la policía, pintábamos a plena luz del día en el centro de la ciudad, protegidos por los autos y los transeúntes. Nos esfumábamos en un abrir y cerrar de ojos cuando aparecían los carabineros, que trataban inútilmente de arrestarnos. La brigada había desarrollado una técnica revolucionaria. Éramos un grupo de no más de 25 brigadistas. Los más hábiles y rápidos para dibujar los contornos de las letras se llamaban 'trazadores' y eran los primeros en atacar el muro. Tan pronto como aparecía la primera letra, el resto de la brigada atacaba simultáneamente para rellenar las letras y pintar el fondo. Logramos pintar la consigna 'CON ALLENDE VENCEREMOS' en un muro de 2 metros de alto por 30 de largo en dos minutos y medio" (Corvalán, 1976, p. 16-17).



Desconocido. (1972). "Venceremos, Mural de La Brigada Ramona Parra".

Fotografía. Blogspot



Desconocido. (1972) "Ajetreo y Represión al momento de pintar". [Fotografía].

Fuente: Blogspot

Lo anterior pone de manifiesto la necesidad de expresar un acontecimiento coyuntural, reflejando la urgencia de dar voz frente a situaciones específicas de grupos o colectividades. Este tipo de intervención revela ideas y pensamientos ideológicos vinculados a una realidad concreta y a un momento histórico de transformación.

Sin embargo, en la actualidad, las posibilidades de llevar a cabo acciones colectivas emancipatorias están limitadas por la clase conservadora y burguesa. Tras la instauración de la dictadura cívico-militar, las acciones de intervención se reformulan a través de políticas públicas basadas en el modelo neoliberal, que subordinan las necesidades, disolviendo el vínculo social. Además, los problemas sociales quedan al margen de cualquier proceso de participación democrática o acciones colectivas, siendo atendidos de manera paliativa por el Estado.

Esto representa una problemática significativa, ya que disminuye la vida comunitaria y anula diversas formas de intervención que faciliten la construcción colectiva situada. La disciplina experimenta una despolitización y abandona la búsqueda de matrices vinculadas a la identidad latinoamericana, transformándose de un trabajo social comunitario a un trabajo social centrado en el caso y enfocado en el individuo.

Además, "(...); la calidad de los servicios también depende del poder adquisitivo de la persona, la universalización cede paso a la focalización y descentralización, y la 'solidaridad social' se vuelve localizada, puntual, asociada a la autoayuda y la ayuda mutua" (p. 41), adoptando un enfoque principalmente asistencial que patologiza los problemas sociales al asignarlos a un "otro/a".

No obstante, mediante acciones comunitarias asociadas al muralismo, continúan llevándose a cabo intervenciones sociales que visibilizan una realidad contextual, situando el arte como una herramienta estratégica de transformación social. El muralismo, como movimiento, ha sido históricamente considerado no solo como una forma de expresión estética, sino también como un medio político y social. Artistas como Diego Rivera, David Siqueiros y José Clemente Orozco en México, y posteriormente en otras regiones del mundo, entendieron el mural como una herramienta de comunicación masiva accesible a todos, un vehículo para transmitir mensajes de resistencia, identidad y lucha social. Como afirma David Siqueiros: "La pintura mural es un arte de masas, un arte que debe hablar al pueblo, expresar sus luchas y sus esperanzas" (Siqueiros, 1959, p. 23).



David Alfaró Siqueiros. Tríptico: La nueva democracia. (1945) Piroxilina sobre celotex.³

Fuente: cultura genial

Desde una perspectiva teórica, el muralismo puede ser comprendido a través de los

³ Tríptico: La nueva democracia, 1944-1945, Piroxilina sobre celotex. Izquierda: Víctimas de la guerra, 368,5 x 246 cm. Centro: La nueva democracia, 1198 x 550 cm. Derecha: Víctima del fascismo, 368,5 x 246 cm.¹⁹.

estudios del arte público y la estética relacional, como los propuestos por teóricos latinoamericanos que han reflexionado sobre la importancia del arte en contextos sociopolíticos. El muralismo actúa como una forma de arte "interactivo" que no solo se observa, sino que también se vive, se respira y se interpreta en su contexto sociopolítico y cultural. En este sentido, Nelly Richard señala que "el arte en América Latina no solo es una forma de expresión estética, sino un vehículo para hacer visibles las realidades sociales que atraviesan nuestras comunidades" (Richard, 2001, p. 59). Las intervenciones murales permiten a las comunidades expresar sus realidades, sus luchas y sus historias, proporcionando un espacio para el encuentro y la expresión colectiva, tal como lo establece la teoría de la "estética de la participación" aplicada a contextos latinoamericanos.



Participación colectiva Mural de la UMLEM. (2011). Fotografía. Fuente: El ciudadano.



Participación comunitaria Mural de lo Beza, Quinta Normal (2024). Fotografía.

Fuente: Archivo personal

Además, el muralismo actual, al estar tan vinculado a las intervenciones urbanas y los movimientos de base, se puede analizar desde el enfoque de los estudios de cultura visual. Autores latinoamericanos como Nelly Richard y otros teóricos vinculados a la crítica cultural en América Latina han señalado cómo las imágenes, especialmente las que ocupan el espacio público, tienen un poder de construcción de significados que trasciende lo meramente estético. Richard (2001) explica: "Las imágenes públicas construyen una memoria colectiva que articula no solo la historia del arte, sino también los relatos de resistencia y lucha social de las comunidades" (p. 82). Este tipo de arte, inserto en contextos urbanos y sociales complejos, es interpretado no solo como una forma de embellecer, sino también como una forma de visibilizar las tensiones, problemáticas y aspiraciones de los grupos marginados o silenciados.

Así, el muralismo sigue siendo un medio para el encuentro y la expresión de los grupos y comunidades, permitiendo la resignificación del espacio público como un lugar de visibilidad y de acción política. Los murales se convierten en espacios donde se plasma la memoria colectiva, un punto de unión entre generaciones y un reflejo de

las dinámicas sociales que moldean a cada comunidad. Como señala José Clemente Orozco: "El muralismo es la afirmación de la lucha, el grito de los oprimidos que se plasma en el muro para que todos lo vean" (Orozco, 1933, p. 112). Este enfoque también invita a reconsiderar las nociones tradicionales de autoría en el arte, proponiendo en cambio una visión colaborativa y comunitaria del proceso creativo, en la que los murales se construyen no solo como una obra de arte, sino como un acto colectivo de resistencia y afirmación cultural.



Katharsis, 1934. Clemente Orozco. Mural.

A lo largo de esta investigación, se abordarán diversos aspectos historiográficos, que van desde la historicidad del muralismo como expresión popular hasta la transformación disciplinaria que ha experimentado el campo del Trabajo Social. De este modo, se relaciona el muralismo como una herramienta metodológica de intervención social, presente en diversos procesos históricos, reflejando las emergencias, rupturas y coyunturas de los sujetos pertenecientes a un territorio. El objetivo es conocer las percepciones de los protagonistas sobre la efectividad de estas intervenciones.

Pregunta/s de Investigación:

- ¿Cuál es el significado que las y los muralistas de la brigada Ana Luisa otorgan al aporte que realiza su trabajo en la intervención social desde un enfoque comunitario?

Objetivo General:

- Comprender los significados que las y los muralistas de la brigada Ana Luisa atribuyen al aporte de su trabajo en la intervención social, desde un enfoque comunitario.

Objetivos Específicos:

- Identificar el rol del muralismo en el trabajo comunitario, según la percepción de los muralistas.
- Visibilizar las tensiones que actualmente enfrenta el muralismo en el trabajo comunitario, según las percepciones de los muralistas.
- Caracterizar los significados del muralismo como estrategia de intervención social desde un enfoque comunitario.

Justificación:

Esta tesis examina la interrelación entre arte, militancia y comunidad, enfocándose en cómo se percibe lo social en relación con lo estéticamente político y lo aceptado. En este sentido, se establece una congruencia entre lo comunitario y el mensaje transmitido a través de diversos canales, considerando el medio, el motivo y el enfoque. En este contexto, es crucial señalar que el muralismo militante transmite mensajes que sirven como herramientas de transformación y concientización social, reivindicando situaciones históricas mediante los colores, las formas y los símbolos, que son reconocidos como elementos contraculturales. Este proceso se concreta a través de un esfuerzo comunitario para crear un producto colectivo cuyo propósito es difundir un mensaje de expresión territorial y/o conciencia política.

Nos centramos, por tanto, en el impacto generado por la dinámica de emisión y recepción de las simbologías presentes en las murallas. Los símbolos creados por una comunidad específica, a través de imágenes pictóricas y tipografía distintiva, construyen un mensaje con un sentido predominantemente político, más que estético. Estos murales se convierten en un canal esencial de expresión que forma parte de la cotidianidad y permite comprender cómo habitamos en esta sociedad y las problemáticas que la atraviesan, en un ejercicio de *cosmovisión* propia de los procesos latinoamericanos, como bien señala el pensador mexicano Enrique Dussel, quien resalta la importancia de la "ética de la liberación" que desafía las estructuras de poder coloniales.

Estos murales no solo buscan plasmar una denuncia, sino también construir una identidad colectiva, algo que se observa en diversas experiencias latinoamericanas, como las que surgieron en los años 60 y 70 en países como México, Nicaragua y Chile, en los cuales el muralismo se consolidó como una forma de resistencia frente a dictaduras y hegemonías.



Brigada Ana Luísa, mural de comunidades organizadas. La bandera. (2022). Fuente Pablo.

En este contexto, el arte mural se convierte en un "hecho que irrumpe y rompe la cotidianidad, que marca un antes y un después en el continuo histórico, que nos exige

situarnos frente a él y nos invita a asumir una postura política, debido a su afectación colectiva y su alcance social” (Híjar González, 2017, p. 50).

El muralismo, como intervención en el espacio público, busca ser un canal de expresión dirigido a los transeúntes que cohabitan en esta sociedad. De este modo, genera impactos significativos en la percepción y apreciación de los murales, ya sea al conmover o reivindicar luchas y protestas sociales que rara vez son abordadas por los medios de comunicación masivos, los cuales están saturados por la sobreinformación. Para ello, se inscriben mensajes y textos en las murallas, creando un fuerte impacto visual y transformando el ambiente urbano mediante colores y tipografías que captan la atención de los transeúntes. Así, el arte se presenta como una necesidad de proponer nuevas formas de colectividad, justicia cognitiva y expresión artística, en resistencia a los saberes y verdades impuestas de las élites neoliberales. En este sentido, se plantea la propuesta de diversas formas de acción comunitaria, que "exige toda la imaginación posible, todos los recursos al alcance, lo cual incluye los signos visuales puestos al servicio de la lucha y la resistencia contra las políticas de muerte impuestas en todos los frentes sociales" (Híjar González, 2017, p. 52).

Proponemos, entonces, examinar el movimiento muralista desarrollado en nuestro país, particularmente en la ciudad de Santiago, en distintos períodos históricos, y reconocerlo como una herramienta de intervención social desde una perspectiva histórica. A través de los testimonios de algunos de sus protagonistas, esta reflexión nos permitirá pensar el trabajo social comunitario, contribuyendo al desarrollo honesto y la revisión de la matriz de acción planteada por la Federación Internacional de Trabajadores Sociales, la cual define el trabajo social como:

"El trabajo social es una profesión basada en la práctica y una disciplina académica que promueve el cambio y el desarrollo social, la cohesión social, el empoderamiento y la liberación de las personas. Los principios de justicia social, derechos humanos, responsabilidad colectiva y respeto a la diversidad son fundamentales para el trabajo social. Respaldado por las teorías del trabajo social, las ciencias sociales, las humanidades y el conocimiento indígena, el trabajo social involucra a personas y estructuras para abordar los desafíos de la vida y mejorar el bienestar. Esta definición puede amplificarse a

nivel nacional y/o regional." (Federación Internacional de Trabajadores Sociales, 2014)

No obstante, esta definición entra en tensión cuando se analiza desde el modelo estructural neoliberal vigente. La instauración de la teoría neoliberal en la década de los 70, con la privatización y el control del mercado sobre los activos, favoreció los derechos de los privados bajo el argumento de que estos no deben constituir una barrera para el desarrollo económico, lo que se presenta como una mejora en el bienestar humano, siempre que se alineen con los intereses privados. En este contexto, el Estado adopta un rol de intermediario con intervención limitada en las decisiones del sector privado. Como señala Harvey (2005, p. 80), "el Estado neoliberal tenderá a privilegiar un clima óptimo para las empresas frente a los derechos colectivos (y la calidad de vida) de la fuerza laboral o frente a la capacidad del medio ambiente para regenerarse", lo que contrasta con los principios éticos fundamentales del trabajo social.

En el caso de Chile, tras la dictadura militar, la política pública bajo este nuevo modelo neoliberal se orientó a subsidiar las necesidades, lo que disolvió el vínculo social y promovió la competencia individual para la obtención de esas necesidades. La transformación de los problemas sociales y su evaluación, en términos de costo-beneficio, quedó al margen de cualquier proceso de resolución o análisis comunitario. Sin embargo, esta investigación sostiene que no es posible desarrollar soluciones eficaces a los problemas sociales cuando se establecen desde lógicas subsidiarias, que descontextualizan las realidades locales y no consideran la dimensión colectiva. Siguiendo la perspectiva de la pedagogía crítica de Paulo Freire, es fundamental replantear un enfoque integral que promueva la participación activa de la comunidad y fortalezca los lazos sociales, para desarrollar soluciones sostenibles y equitativas que aborden las causas estructurales de los problemas. Solo mediante un enfoque basado en la cooperación y la solidaridad, y no en la competencia y el individualismo, se podrán alcanzar verdaderos avances en la superación de los desafíos sociales.



Participación comunitaria Mural de Pudahuel, Pudahuel (2024). Fotografía. Fuente:
Archivo personal

CAPÍTULO II

MARCO TEÓRICO

Este capítulo explora un marco teórico que analiza la intersección entre el trabajo social y el muralismo como herramienta de intervención comunitaria, con un enfoque específico en el contexto latinoamericano. Tradicionalmente, el trabajo social en la región ha estado comprometido con la transformación de las estructuras sociales y la mejora de las condiciones de vida de las comunidades más vulnerables. Esta disciplina no sólo se concibe como una práctica asistencial, sino como una intervención profunda, orientada a fortalecer la resistencia de los grupos y comunidades, a través del reconocimiento de, “las realidades sociales muestran sus propios caminos de intervención, porque justamente la variedad humana es muy amplia y la modernidad se ha construido sobre la base de universalizar” (p.184).

La acción social, entendida como un proceso de resistencia activa, se entrelaza con el muralismo, una forma de arte visual que ha sido utilizada históricamente para visibilizar luchas sociales, reivindicar identidades colectivas y fomentar la acción política. En su vertiente política, el muralismo ha jugado un papel fundamental en diversas regiones de América Latina, actuando como una manifestación estética

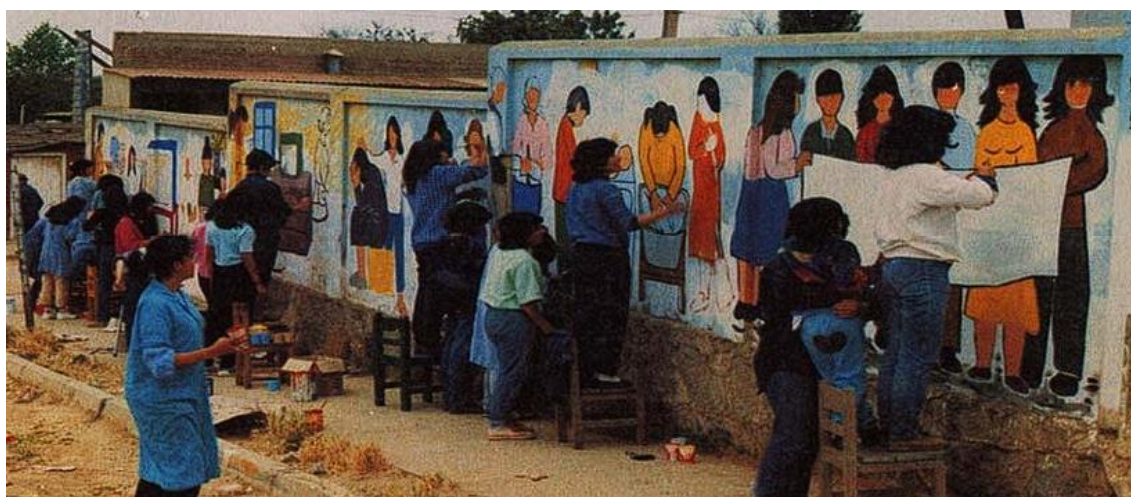
cargada de contenido ideológico, que busca no solo reflejar la realidad, sino transformarla. Este capítulo examina cómo el muralismo, especialmente cuando se emplea en contextos de resistencia, puede considerarse una estrategia efectiva dentro del trabajo social con enfoque comunitario. Se considera al muralismo no solo como un fenómeno artístico, sino como un acto de intervención social que empodera a las comunidades, genera conciencia colectiva y promueve la participación, así lo plantea Siqueiros, D. A. (1948). *El muralismo en la historia de la pintura mexicana*, donde manifiesta que el arte del muralismo:

"El muralismo se dirige al pueblo, a las masas, y tiene el propósito de crear una conciencia crítica, fomentando el entendimiento y el apoyo a las causas de la justicia social. En lugar de ser una manifestación aislada, el muralismo debe convertirse en una acción colectiva, donde la gente se vea reflejada" (p. 72)



Brigada Ramona Parra. Mural de Participación pintado en el Liceo N° 15 (1973), La Reina (Fotografía) Fuente: Artículo "El arte de las brigadas Ramona Parra".

El muralismo, como señala Siqueiros, se dirige al pueblo, a las masas, y tiene el propósito de crear una conciencia crítica, fomentando el entendimiento y el apoyo a las causas de la justicia social. Lejos de ser una manifestación aislada, el muralismo debe convertirse en una acción colectiva en la que la gente se vea reflejada, actuando como un espejo de sus luchas y aspiraciones. Este enfoque del muralismo no solo como arte, sino como herramienta de intervención social, sugiere que su potencial va más allá de la creación visual; se convierte en un medio para movilizar a las comunidades hacia la acción social. En este sentido, los trabajadores sociales pueden integrar el muralismo en sus prácticas, reconociéndose como una poderosa herramienta para promover el cambio social, impulsando la construcción de comunidades más inclusivas y resilientes. Así, el muralismo se transforma en un vehículo que facilita la participación activa, fortalece los lazos comunitarios y contribuye a la creación de espacios donde las personas no solo observan, sino que se sienten parte del proceso transformador.



Mural realizado por un grupo de mujeres pobladoras (1989). Las Achupallas, Viña del Mar. Fotografía. Fuente: Artículo “Todos los colores frente al gris”⁴

⁴ Mural realizado en Las Achupallas, Viña del Mar, como conclusión de una intervención realizada por el Taller “La Caleta” a un grupo de mujeres pobladoras denominado “Colectivo Peulla”. Enero de 1989.

Historia del Trabajo Social: Evolución y Compromiso:

La historia del Trabajo Social refleja una disciplina que ha evolucionado con el tiempo, adaptándose a las necesidades sociales, económicas y políticas de diversas épocas. Aunque sus orígenes están vinculados a movimientos filantrópicos y asistenciales, el Trabajo Social se consolidó como una profesión autónoma y científica, comprometida con la justicia social y la intervención en los problemas sociales (López, 2019). En América Latina, esta evolución tuvo características propias, ya que la disciplina se configuró en un contexto marcado por las desigualdades estructurales y las luchas sociales por los derechos humanos.

El Trabajo Social moderno surgió a finales del siglo XIX y principios del XX, en un contexto marcado por la pobreza, las desigualdades sociales y los efectos de la Revolución Industrial. En Europa y Estados Unidos, organizaciones como la Charity Organization Society (COS) intentaron estructurar esfuerzos sistemáticos para aliviar la pobreza, pero con la intención de evitar el abuso de la caridad (Serrano, 2002). Sin embargo, en América Latina, estas prácticas fueron rápidamente cuestionadas por aquellos que demandaban un enfoque más transformador, que no solo atendiera las necesidades inmediatas, sino que también buscara las causas estructurales de la pobreza y la exclusión. Este giro hacia una reflexión crítica permitió que el Trabajo Social en la región se convirtiera en una herramienta para la transformación social.

En este contexto, el Trabajo Social en América Latina comenzó a integrar un enfoque más crítico, especialmente influenciado por los procesos políticos y sociales de la región. La Revolución Mexicana, las dictaduras en el Cono Sur y las luchas por la independencia marcaron el pensamiento de muchos teóricos latinoamericanos. Entre ellos, la obra de Carlos Dávila (1989), quien planteó la importancia de comprender el Trabajo Social como una herramienta para la justicia social, reflejó una postura renovada que trascendía la asistencia filantrópica y se orientaba hacia la estructuración de cambios sociales.

A medida que el siglo XX avanzaba, el Trabajo Social se fue profesionalizando, especialmente a través de la creación de programas académicos formales, como la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Columbia, fundada en 1904 (Fauri, 2011). En América Latina, sin embargo, el Trabajo Social se desarrolló de manera

distinta, ya que estuvo marcado por las condiciones sociales y políticas de la región, incluidas las dictaduras militares y las crecientes desigualdades. Fue en este contexto donde la disciplina comenzó a incorporar una perspectiva crítica que favorecía la defensa de los derechos humanos, como lo señalan Rodríguez y Rivas (2005). Así, el Trabajo Social dejó de ser una profesión asistencialista para convertirse en una herramienta de cambio social y justicia.

En la década de 1960, el Trabajo Social adoptó una postura más activa y crítica, influenciado por los movimientos sociales que cuestionaban las estructuras de poder y las injusticias sociales. La relación entre el Trabajo Social y los movimientos de derechos civiles, feministas y de los trabajadores fue clave. En América Latina, las dictaduras y las crisis políticas llevaron a los trabajadores sociales a asumir un rol de resistencia activa. María Teresa González (2012) resalta cómo, en países como Chile, Argentina y Uruguay, los trabajadores sociales se convirtieron en defensores de los derechos humanos, luchando por la protección de las víctimas de la represión y por el acceso a los servicios básicos para las poblaciones vulnerables. González afirma que “el Trabajo Social latinoamericano se caracteriza por su compromiso con las transformaciones sociales y la resistencia frente a las estructuras opresivas” (p. 42).

En la actualidad, el Trabajo Social enfrenta el desafío de profesionalizarse aún más en un contexto de rápidas transformaciones tecnológicas y sociales. La ética profesional juega un papel fundamental en este proceso, especialmente cuando se trata de intervenir en contextos de vulnerabilidad y en situaciones donde los derechos humanos están en juego. Escobar (2015) señala que “la ética del Trabajo Social debe guiarse por principios de justicia social, equidad y respeto por la dignidad humana, lo que implica una postura activa frente a las injusticias sociales” (p. 63).

De este modo, el Trabajo Social ha recorrido un largo camino desde sus orígenes en la asistencia caritativa hasta convertirse en una disciplina crítica y transformadora. A lo largo de este proceso, la profesión se ha consolidado como un actor fundamental en la lucha por la justicia social y la equidad, adaptándose a las nuevas realidades sociales, económicas y políticas del siglo XXI. Los desafíos futuros del Trabajo Social, especialmente los relacionados con el cambio climático, las migraciones forzadas y las nuevas formas de opresión, requieren una formación profesional más profunda y un compromiso constante con los valores de justicia social y derechos humanos.

Trabajo Social en Chile:

El trabajo social en Latinoamérica comenzó a configurarse como disciplina a principios del siglo XX, en el contexto de la modernidad, cuando la región enfrentaba una creciente vulnerabilidad derivada de la crisis social provocada por el desarrollo industrial. La formalización de la profesión en 1925, con la fundación de la primera escuela de servicio social en Santiago de Chile, marcó un hito importante. Esta escuela fue dirigida por el médico Dr. Alejandro del Río, con el apoyo del Dr. René Sand, director de la Escuela Católica de Bruselas. Su creación se dio en plena crisis del salitre y durante la formación de asentamientos periurbanos, fenómenos derivados del proceso industrial (Kisnerman, s/a, p. 50).

Con la formalización de la profesión, se comenzaron a enseñar metodologías de intervención. Sin embargo, las teorías y métodos que sustentan la práctica del trabajo social han estado históricamente fundamentados en una matriz epistemológica europea de corte positivista (Martínez, 2008). Este enfoque, que impone un único conocimiento como válido dentro de los márgenes de la científicidad y los cánones de la modernidad, responde a una colonización intelectual que consolidó una forma hegemónica de vida y pensamiento (Giménez, 2010). En el contexto latinoamericano, diversos autores han señalado que el trabajo social no puede desligarse de las realidades históricas y sociales específicas de la región, lo que exige una reconfiguración de sus métodos y prácticas hacia un enfoque crítico y emancipador (Rodríguez, 2012; Fernández, 2015).

En este sentido, la formalización del trabajo social en Chile o en Latinoamérica no puede considerarse parte de un proyecto genuinamente latinoamericano (Hernández, 2003). Sin embargo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, impulsada por los cambios políticos y sociales en la región —como la Revolución Cubana, que representó un triunfo del proyecto de izquierda y del autorreconocimiento de América Latina frente al imperialismo (Martínez, 2010)—, la profesión experimentó una reconfiguración teórica. Este proceso dio lugar a una ruptura epistemológica, que provocó un cuestionamiento profundo sobre la praxis del trabajo social, sus bases

ideológicas y éticas (González, 2012). Sin embargo, este giro fue abruptamente detenido por las dictaduras militares, que alteraron el curso emergente de la profesión y despojaron a la acción social de su enfoque comunitario.

Durante este período de dictaduras, las respuestas a los problemas sociales se descentralizaron, enfocándose la intervención en sectores con necesidades específicas y transfiriendo la resolución de los problemas al mercado y a la sociedad civil. Este modelo, que prioriza respuestas individualizadas y despolitizadas, ha erosionado la capacidad de las comunidades para autodeterminar su desarrollo. Además, se ha vinculado a una forma de intervención que no reconoce los contextos socioculturales ni las demandas de justicia social y dignidad. Muñoz (2015) señala que "las teorías sobre el trabajo social producidas en sociedades desarrolladas, occidentales y capitalistas son implantadas y asumidas por las escuelas de trabajo social en países cuyos contextos sociales..." (p. 424). Esta influencia de saberes hegemónicos ha resultado en una colonización interna de la profesión, marginando los conocimientos locales y reforzando un sistema de vida occidentalizado. De este modo, se favorece una praxis despojada de los saberes locales y se anulan prácticas que carecen de criterio científico, como diversas herramientas de intervención del trabajo comunitario, tales como la arpillera, el bordado y otras formas de arte. Estas prácticas han sido despojadas de su potencial para generar construcción colectiva, trasladándose a un espacio meramente estético, carente de identidad o memoria comunitaria, por tanto, son herramientas que han perdido desarrollo dentro de las prácticas de quienes ejercer el quehacer profesional en espacio colectivos y comunitarios de la profesión.

En este escenario, el trabajo social debe integrar los saberes locales y reconocer que el cambio social no solo se logra a través de enfoques técnicos y científicos, sino también mediante la participación activa de las comunidades. El arte juega un papel esencial al permitir la visibilización de traumas colectivos y transformarlos en narrativas compartidas que faciliten la sanación. Además, la estética se reconceptualiza como un medio de resistencia y reflexión crítica sobre las estructuras de poder que han silenciado a las comunidades.

El muralismo, como forma de arte colectivo, es clave en este proceso de transformación. No solo permite a las comunidades apropiarse de espacios públicos

para expresar sus luchas, sino que actúa como herramienta de visibilización y educación popular. Los murales, como testimonios visuales, fomentan la memoria colectiva y refuerzan la identidad comunitaria, transformándose en un vehículo de cambio social.

La transformación comunitaria a través del arte debe complementarse con los métodos científicos del trabajo social. Si bien el arte introduce subjetividad y emoción, ambas perspectivas—científica y artística—se enriquecen mutuamente para analizar y transformar la realidad, promoviendo la justicia social, la dignidad y la memoria colectiva.

La Acción Social como Dimensión Comunitaria en Resistencia:

Como fue mencionado, el trabajo social, en sus orígenes, emergió como respuesta a la creciente vulnerabilidad social provocada por el capitalismo industrial. El sistema capitalista, al consolidarse en economías industrializadas, generó nuevas problemáticas sociales, en las que el trabajo social actuó como un medio para normalizar y adaptar a los individuos al nuevo orden económico. Así, el trabajo social se consolidó como una profesión orientada a mantener el equilibrio social mediante la adaptación de las personas al sistema. En este contexto, autores como Maldonado (2009) han señalado que la profesionalización del trabajo social en América Latina estuvo marcada por la influencia de las estructuras capitalistas, las cuales generaron nuevas demandas en las que el Estado y las organizaciones sociales requirieron de esta disciplina para abordar los problemas derivados de la desigualdad y exclusión social. Según Reyes (2016), en la región, el trabajo social también adoptó un rol crítico hacia las injusticias del sistema, orientándose eventualmente hacia un enfoque más transformador de la sociedad.

Esta disciplina arrastra una herencia hegemónica, que influye tanto en el ámbito intelectual como en la práctica. La relación entre el profesional y los marcos de acción a menudo se posiciona por encima de los saberes y experiencias de los sujetos en situación de intervención. Como resultado, el trabajo social ha tendido a despojar a los sujetos de su contexto real, imponiendo intervenciones que responden a una

visión externa de la realidad. El concepto de vida cotidiana refleja cómo los sujetos negocian su existencia en relación con la satisfacción de sus necesidades, y cómo los saberes cotidianos, nacidos del entramado social, son anulados en los procesos de intervención social (Patiño, 2017, p. 86).

Este proceso refleja una lógica de intervención que, lejos de reconocer las formas de vida y los saberes de las comunidades, se centra en métodos que buscan "normalizar" las realidades cotidianas según los parámetros de productividad del mercado. En este contexto, el trabajo social no ha respondido adecuadamente a las necesidades reales de los sujetos, sometiéndolos a formas de punitivización. Alfredo Carballada (2017) señala que "la negación de América, que atraviesa la lógica de la conquista, implicó una nueva forma de violencia que se entrelaza significativamente con la Otredad" (p. 69), lo cual refleja cómo las prácticas de intervención del trabajo social han sido históricamente descontextualizadas de las realidades locales.

La intervención social debe repensarse como un acto de transformación, no orientado a la integración del sujeto en el sistema, sino a su emancipación frente a las diversas formas de opresión. En este sentido, la acción social puede concebirse como un proceso colectivo, horizontal, orientado a la ayuda mutua y a la construcción de un bien común, libre de las dinámicas de dominación y opresión. Paulo Suárez (2014) propone que "es en el ejercicio de la propia acción social donde se debe generar una comunión directa con el espacio interno del ejecutor, donde se albergan experiencias como el acto creativo, la inspiración, el simple goce, etc." (p. 49). Así, la intervención social debe ser entendida como un ejercicio colectivo, en el que lo individual y lo colectivo se entrelazan para transformar las realidades de las comunidades.

El trabajo social, al orientarse hacia la construcción de un modelo que valore los saberes y las prácticas locales, debe ir más allá de las metodologías convencionales, incorporando herramientas culturales como el muralismo y otras formas de expresión artística para fomentar la resistencia. Este enfoque reconoce que la cultura local, en sus diversas manifestaciones, tiene un poder transformador significativo al ofrecer una vía para cuestionar y desafiar las estructuras de poder hegemónicas. En lugar de limitarse a la aplicación de soluciones estandarizadas, el trabajo social puede utilizar el arte como un catalizador para la transformación social, contribuyendo a la creación de espacios de resistencia que den voz a las comunidades marginalizadas.

La praxis del trabajo social debe verse, entonces, como un espacio de resistencia al incluir estas prácticas artísticas, como el muralismo, no solo se enriquece el trabajo social con herramientas creativas, sino que se fortalece el compromiso con la horizontalidad y la colectividad. Este tipo de praxis permite que las comunidades tomen el control de su propio destino, expresen sus realidades y visualicen alternativas a las estructuras sociales actuales.

Como concluye Suárez (2014), la acción social debe estar fundamentada en la colectividad y la horizontalidad, principios que se alinean perfectamente con las posibilidades del muralismo. Al ser tanto una práctica estética como política, el muralismo no solo embellece los espacios públicos, sino que también se convierte en un medio poderoso para la denuncia, la educación y la construcción de una nueva realidad social.

El muralismo como expresión artística o cultural:

El muralismo es una forma de expresión artística que trasciende el ámbito privado y se instala en el espacio público, alterando la percepción colectiva y transformando el imaginario social. Al ser un arte social, busca generar una conciencia crítica en el espectador sobre las problemáticas que afectan a la comunidad, reflejando, a su vez, la realidad de la sociedad que lo produce. Como indica Chartier (2002), el muralismo “es el instrumento de un conocimiento mediato que hace ver un objeto ausente al sustituirlo por una imagen capaz de devolverlo a la memoria” (p. 57). De esta forma, los murales funcionan como una suerte de archivo visual de las tensiones sociales y políticas.



Aurora Reyes. Atentado a las maestras rurales. (1936). Mural. Fuente: La Razón.⁵

El espacio público es esencial para analizar las experiencias muralistas a lo largo de distintos regímenes políticos. Como señalan Ledesma y Medina (2003), el espacio público se convierte en un “articulador de la vida cotidiana” que construye la imagen colectiva de lo que somos y aspiramos a ser como comunidad (p. 1). En este sentido, el muralismo no solo es una manifestación artística, sino también un medio de intervención social que influye en la construcción de la memoria colectiva.

El muralismo ha sido una forma de arte profundamente significativa en la historia de América Latina, especialmente en México, donde artistas como Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y José Clemente Orozco utilizaron los muros como lienzos para representar ideales revolucionarios, luchas sociales y visibilizar la historia del pueblo. Investigaciones de Klein (1997) destacan que, en el contexto de la Revolución Mexicana, el muralismo fue utilizado como una herramienta educativa y de propaganda, permitiendo transmitir un mensaje político accesible a una población mayoritariamente analfabeta. Estos murales no solo reflejaron los ideales de la Revolución, sino que también ayudaron a consolidar un sentido de identidad nacional, promoviendo los valores de justicia social y unidad del pueblo (Hernández, 2004).

⁵ En 1936, Aurora Reyes se coronó como la primera mujer muralista, y, en ese sentido, también la primera en diseñar y pintar una obra monumental en un espacio público sin intromisión masculina alguna. La protagonista de su mural es una maestra rural que está siendo atacada por dos hombres. Ellos cubren cobardemente su rostro mientras la golpean a culatazos y la arrastran de los cabellos.

Más allá de su función política, el muralismo también ha sido estudiado por su impacto en la construcción de identidades colectivas. Según Ramírez (2012), los murales no solo representaban una historia oficial, sino que también visibilizaban las luchas de los pueblos indígenas y otros grupos marginados en la sociedad mexicana. En este sentido, los murales se convirtieron en una herramienta de afirmación cultural, no solo en México, sino en toda América Latina, donde los artistas dieron voz a comunidades históricamente excluidas. Paredes (2007) enfatiza que el muralismo fue crucial para la reivindicación de estas culturas, ayudando a los pueblos indígenas y afrodescendientes a encontrar una representación en el arte y a fortalecer su sentido de pertenencia en una sociedad que a menudo los invisibilizaba.

La participación comunitaria es otro aspecto clave del muralismo que ha sido objeto de estudio. En muchos casos, los murales no solo fueron creados por artistas reconocidos, sino que involucraron a las comunidades locales en su elaboración, lo que permitió una mayor apropiación de los espacios públicos. González (2015) señala que el muralismo ha funcionado como una forma de empoderamiento, donde los habitantes de los barrios no solo se han visto representados, sino que también han tomado un rol activo en la creación de su propia historia visual. Este proceso participativo contribuyó a un sentido de unidad dentro de las comunidades, fortaleciendo la cohesión social y la identidad colectiva.

Además de su impacto social, el muralismo también ha tenido un efecto transformador en los espacios urbanos. Según López y Martínez (2018), los murales en el espacio público representan una forma de democratización del arte, permitiendo que este llegue directamente a las personas en su vida cotidiana. Los murales no solo decoran, sino que actúan como un punto de encuentro entre el arte y la comunidad, generando un diálogo constante sobre los problemas sociales y las aspiraciones de los grupos urbanos. Como apunta González (2015), estos murales se han convertido en símbolos de resistencia, especialmente en barrios populares que han sido afectados por procesos de gentrificación y desplazamiento, funcionando como una herramienta de visibilidad para comunidades marginalizadas.



Museo a cielo abierto de San Miguel(2021). San Miguel. Fotografía. Fuente: RegistroMuseosChile.

En sus orígenes, el muralismo fue una forma pictórica vinculada a la naturaleza humana y la realidad, transformándola en imágenes significativas. Aunque tiene sus raíces en civilizaciones antiguas, su propósito inicial fue pedagógico, vinculado a contextos normativos, religiosos y políticos de su tiempo (Berman, 1994). Durante la Edad Media, el muralismo mantuvo su función educativa y de reafirmación de dogmas religiosos, promoviendo la moral de las clases dominantes (Gombrich, 2006). A partir del Renacimiento, adquirió una nueva dimensión estética y conceptual, vinculada al humanismo y al redescubrimiento de la racionalidad y el progreso científico. Este periodo marcó un giro en la representación del ser humano, proyectándolo como un ser autónomo sujeto a nuevas utopías (Kemp, 2000).

El muralismo alcanzó su máximo apogeo en América Latina durante el siglo XX, particularmente en México. Artistas como Rivera, Siqueiros y Orozco utilizaron el mural como vehículo para difundir los ideales revolucionarios y las luchas sociales. En este contexto, el muralismo se transformó en un arte de resistencia, una herramienta visual para educar a las masas sobre la injusticia social y la explotación.

Como observa Tovar de Teresa (1999), “el muralismo latinoamericano ha sido una forma de arte socialmente comprometida, capaz de expresar las luchas del pueblo a través de imágenes de gran impacto visual” (p. 29).

En la contemporaneidad, el muralismo sigue siendo una forma de arte política y socialmente comprometida. Se ha transformado en un medio de visibilidad para las luchas de los grupos marginados, subrayando su potencial para transformar la percepción y la relación de las personas con su entorno. Así, el muralismo no solo es arte, sino una herramienta de participación ciudadana que invoca a la acción colectiva.

Tipos de Muralismo

El muralismo es una forma de arte monumental que, a lo largo de la historia, ha influido profundamente en diversas culturas y períodos. Su capacidad para transformar grandes espacios públicos en lienzos de identidad y transformación social ha dado lugar a diferentes tipos de muralismo, cada uno con sus objetivos, técnicas y lenguajes visuales. La diversidad de sus formas refleja las condiciones sociales, políticas y culturales en las que se inserta, y su capacidad para evolucionar de acuerdo con las realidades de cada época y contexto, lo convierte en una herramienta poderosa de expresión colectiva.



*Diego Rivera: La epopeya del pueblo mexicano (plano "La Conquista"). 1929-1935.
Superficie total: 276 m². Fuente: Cultura Genial.⁶*

Muralismo Tradicional o Precolombino:

El muralismo precolombino, especialmente en las civilizaciones de América, tenía una función educativa y simbólica. En culturas como la maya y la mexica, los murales no solo decoraban los espacios, sino que transmitían narrativas cosmogónicas, mitológicas y de poder. Lourdes Arizpe (1997) sostiene que “los murales prehispánicos son una manifestación de la cosmovisión de las culturas originarias” (p. 85), mostrando cómo estas obras eran herramientas fundamentales para la transmisión de conocimientos y creencias. Además, estos murales representaban la conexión entre los pueblos y sus dioses, reflejando la relación con el cosmos, la naturaleza y el poder político, algo que continuaría siendo relevante en los muralismos posteriores.

⁶ La sección de la derecha representa a la historia prehispánica de México; la sección central representa el proceso de conquista y colonización, mientras que la tercera sección representa la formulación del ideario marxista del inicio del siglo XX.

Muralismo Renacentista:

El muralismo renacentista, que floreció en Europa en los siglos XV y XVI, influyó profundamente en el muralismo latinoamericano a través de la colonización. Los muralistas del Renacimiento fusionaron arte, ciencia y filosofía, una tradición que los muralistas latinoamericanos retomaron en su búsqueda de un lenguaje visual que reflejara sus propias realidades sociales. Francisco de la Maza (2002) destaca que “el muralismo en América Latina, al igual que en el Renacimiento europeo, fue una forma de arte que vinculó la cultura popular con la erudición” (p. 47), fusionando lo sublime y lo cotidiano en el mural. De hecho, el contacto con la iconografía renacentista, a través de la imposición de un arte colonial, dejó una huella profunda en la obra de artistas latinoamericanos como Diego Rivera, que fusionó técnicas renacentistas con temas locales y de clase trabajadora.



Leonardo Da Vinci, Italia. (1495- 1498). La ultima Cena. Temple y óleo sobre yeso ⁷

Muralismo Modernista:

⁷ Se encuentra en la pared sobre la que se pintó originalmente, en el refectorio del convento dominico de Santa Maria delle Grazie, en Milán (Italia), declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1980.

El muralismo modernista en América Latina se desarrolló en el contexto de revoluciones sociales, especialmente en México durante la Revolución Mexicana. Artistas como Rivera, Orozco y Siqueiros crearon murales que buscaban movilizar a las masas en torno a ideales revolucionarios, usando imágenes de fuerte carga simbólica para reflejar las luchas sociales y políticas. O'Gorman (1991) subraya que “el muralismo mexicano no solo fue un estilo artístico, sino una herramienta para crear conciencia social y política en el pueblo” (p. 67), mostrando cómo el muralismo se convirtió en una forma de activismo visual. Estos artistas, a través de sus murales, no solo rendían homenaje a los trabajadores y campesinos, sino que también denunciaban las injusticias sociales y la opresión. Ejemplos emblemáticos, como los murales de Rivera en el Palacio Nacional, siguen siendo un testimonio de cómo el muralismo fue usado como una forma de resistencia política y social.



Del porfirismo a la Revolución, Mexico (1957-1966), acrílico sobre tela sobre triplay y bastidores de madera, 419 m², Museo Nacional de Historia.⁸

Muralismo Político y Social:

El muralismo político de Latinoamérica, particularmente en el siglo XX, se destacó como un medio de denuncia social y política. En países como México, Chile y Nicaragua, los murales fueron utilizados para visibilizar las luchas del pueblo contra

⁸ *Del porfirismo a la revolución* fue un encargo para el Museo Nacional de Historia. Se trata de una obra que ocupa todas las paredes del espacio con diversas escenas del recorrido histórico en cuestión

las dictaduras, las injusticias sociales y los derechos humanos. Tania Bruguera (2006) afirma que “el muralismo en América Latina siempre ha sido una forma de arte comprometida, que invita a la reflexión y a la acción colectiva” (p. 101), lo que evidencia la función educativa y movilizadora del muralismo. Los murales de la época de las dictaduras en Chile, por ejemplo, se convirtieron en un símbolo de resistencia frente a la represión política. Del mismo modo, en Nicaragua, los murales del Frente Sandinista reflejaron la lucha por la justicia social y la autodeterminación. Así, el muralismo se consolidó como una herramienta clave para visibilizar las luchas de los pueblos latinoamericanos.



Murallas de Lucha y Esperanza, Chile (1984) El Arte Resiste en la dictadura. Fotografía. Biblioteca Nacional de Chile

Muralismo Abstracto y Experimental:

A medida que el arte se diversificó en el siglo XX, surgió el muralismo abstracto, que se alejó de las representaciones figurativas. Este tipo de muralismo se enfocó en la transmisión de emociones y conceptos a través de composiciones abstractas. Teresa del Conde (1991) señala que “el muralismo abstracto latinoamericano se relaciona con una renovación estética que rompió con las tradiciones figurativas” (p. 129), buscando nuevas formas de comunicación visual. Sin embargo, este cambio no significó la pérdida del compromiso social del muralismo, sino más bien una

reconfiguración del lenguaje para abordar temas como la identidad, la modernidad y la globalización. A través de murales abstractos, los artistas lograron una interacción más libre y directa con el espectador, invitando a una reflexión más profunda sobre los valores y las tensiones sociales de la época.



Eduardo Perez Tobar, Valparaíso. Museo a cielo abierto, Mural 17. Oleo fresco al Yeso



José Balmes, Valparaíso. Museo a cielo abierto, Mural 17. Óleo Fresco al Yeso



Mario Toral, Valparaíso. Museo a cielo abierto, Mural 11. Óleo fresco al Yeso⁹

Muralismo Urbano y Graffiti:

En las últimas décadas, el muralismo urbano y el graffiti han emergido como formas de arte callejero que interactúan directamente con el paisaje urbano. Néstor García Canclini (2004) menciona que “el graffiti y el muralismo urbano en América Latina son una forma de resistencia cultural que reivindica el espacio público como lugar de expresión” (p. 42), reflejando las luchas de los grupos marginados a través de intervenciones participativas que transforman la ciudad en un lienzo colectivo. Este tipo de muralismo se ha convertido en una forma de protesta visual, especialmente en ciudades como Bogotá, Buenos Aires y Ciudad de México, donde los muros se han convertido en una plataforma para expresar descontento con el sistema político y social. El muralismo urbano también ha abierto un diálogo sobre el uso del espacio público y la apropiación del mismo por parte de las comunidades.

El muralismo ha sido mucho más que una forma decorativa de arte; a lo largo de la

⁹ El Museo a cielo abierto de Valparaíso se compone de 20 obras de arte a gran escala de carácter surrealista disponibles para la apreciación popular.

historia, ha funcionado como un vehículo de memoria colectiva, una herramienta de resistencia social y una forma de intervención política. Desde su origen en las civilizaciones precolombinas hasta su relevancia en las ciudades contemporáneas, el muralismo ha sido un lenguaje visual que conecta la estética con la vida cotidiana, desafiando las estructuras sociales y políticas y construyendo identidades colectivas. Hoy en día, el muralismo sigue siendo una forma poderosa de comunicación visual, una herramienta de transformación social y reivindicación cultural. Ya no se limita a los muros de edificios institucionales o espacios públicos; los murales urbanos y el graffiti continúan tomando relevancia, adaptándose a nuevos medios y contextos, como las plataformas digitales, donde los muralistas se sumergen en el reto de mantener su mensaje intacto en un mundo globalizado. Así, el muralismo sigue siendo un motor de cambio, desafiando las fronteras físicas y simbólicas para ofrecer una mirada crítica y renovadora sobre el mundo contemporáneo.



10

Mural del amor y la lucha, La Bandera (2024). [Fotografía]. Archivo personal

¹⁰ A pesar de que el mural presentado en la imagen, tenga un mensaje claro, crítico y consciente, no se puede negar la herencia cultural y contextual que deja la cultura del graffiti, por lo mismo también existe una similitud al visualizarlo.

Muralismo: Arte Colectivo y Acción Política en la Lucha Social y Cultural:

Aquí tienes una versión de tu texto con un añadido relacionado con la teoría del arte político y social de Foucault, específicamente centrado en sus conceptos sobre poder, espacio y resistencia. He integrado estos puntos dentro del contexto de tu análisis para enriquecer la perspectiva teórica del muralismo como herramienta de resistencia y subversión social.

El muralismo, en su dimensión política, ha sido históricamente una herramienta clave en la lucha social y cultural, especialmente en contextos de resistencia. Este arte no solo se ha limitado a la expresión estética, sino que ha servido como medio de denuncia y agitación, reflejando las realidades sociales de diversas comunidades. Los murales creados por colectivos, brigadas y agrupaciones a lo largo de la historia han sido vehículos poderosos de protesta, identidad y memoria, tanto a nivel mundial como en Chile.

Aunque la producción mural ha crecido significativamente en el siglo XXI, transformándose en una nueva forma de propaganda digital a través de las redes sociales, la esencia del muralismo como arte colectivo y de resistencia sigue vigente. Mientras que algunas expresiones se enfocan en decorar o embellecer el espacio público, otras continúan siendo un medio para reflejar la situación social y política de las comunidades.

En este contexto, los murales políticos surgen con frecuencia como una respuesta directa a las atrocidades cometidas por gobiernos opresivos, funcionando como una necesidad de memoria colectiva. Algunos autores sostienen que estos murales nacen fuera de los concursos o convocatorias gubernamentales y se conciben dentro de un contexto comunitario que fomenta la participación y el trabajo colaborativo. Así, el muralismo se convierte en un acto político y de resistencia, no solo como una forma de "rescatar espacios", sino también como un medio para rescatar la vida misma, reflejando procesos de emancipación y liberación. De esta manera, el mural se transforma en una herramienta de propaganda y denuncia, facilitando la articulación de luchas sociales y culturales.

Respecto al papel del muralismo en la construcción de un imaginario colectivo, John Umaña destaca que el mural no solo cumple una función decorativa, sino que también actúa como un medio de consenso social y político. Como señala el autor, "cuando el arte se concibe en la contingencia política para ejercer lo político, la producción artística tiene la oportunidad de afirmar coherencia y amplitud simbólicas" (p. 43). Este enfoque subraya el poder del muralismo en contextos políticos, donde el arte se convierte en una herramienta no solo estética, sino también de transformación social. Así, el muralismo se aleja de ser un espacio elitista y abstracto para convertirse en un fenómeno vinculado directamente a las realidades sociales que busca visibilizar.

Desde una perspectiva teórica Foucaultiana, el muralismo puede ser interpretado como una intervención en el espacio público, lo que se alinea con las ideas de Michel Foucault sobre el poder y la resistencia. Foucault entendía el poder no solo como una estructura jerárquica, sino como algo que se distribuye y se manifiesta en múltiples formas a través de los espacios sociales. El muralismo, en este sentido, actúa como una subversión de las estructuras de poder dominantes, al reclamar un espacio público para voces que históricamente han sido marginalizadas. Según Foucault, el espacio no es solo un contenedor físico, sino un espacio cargado de relaciones de poder, donde la intervención artística puede romper con los discursos dominantes y ofrecer nuevas formas de visibilidad y resistencia.

Además, Foucault también afirmó que el poder no se ejerce únicamente de manera represiva, sino que también se produce a través de la creación de saberes y discursos. El muralismo, al generar nuevos discursos visuales en el espacio público,

se convierte en un acto de resistencia que desafía el control sobre la narrativa histórica y cultural. Los murales funcionan como una forma de reconfigurar el conocimiento y la memoria colectiva, actuando no solo como una representación estética, sino como una confrontación directa a las estructuras de poder que intentan moldear esa memoria.

Este enfoque transformador se refleja en las experiencias latinoamericanas, donde el muralismo ha sido crucial en momentos de lucha social y política. Un claro ejemplo de esto es el muralismo mexicano, que, durante la Revolución Mexicana, se utilizó para reconfigurar la identidad nacional y reivindicar las luchas sociales. A partir de 1911, surgieron preguntas clave sobre cómo integrar a los campesinos en el proyecto revolucionario y reconocer su herencia cultural. Este proceso de transformación social también encontró en el muralismo una vía para reflejar la realidad del pueblo mexicano, como lo manifestaron los miembros del Bloque de Pintores: "Nosotros no tenemos más que ser consecuentes con ellos, con las realidades físicas y las inquietudes sociales de nuestra época" (González, 2017, p. 20).

El muralismo como intervención política y social también tuvo un papel fundamental en Chile, especialmente durante las campañas de la Unidad Popular, donde se promovió la idea de que el arte debía nacer del pueblo y ser accesible para todos. En este contexto, el muralismo se convirtió en un medio de expresión colectiva, generado por estudiantes, trabajadores y pobladores, dando origen a brigadas como la Brigada Ramona Parra. Este arte masivo, según Ebe Bellange, "dialoga con el espectador sobre los temas más relevantes del acontecer político-social" (p. 23), convirtiéndose en una forma de protesta pública y reflexión sobre los procesos sociales de la época.

El muralismo, por lo tanto, no solo se configura como una forma de arte, sino como una intervención activa en el espacio urbano y social, un medio a través del cual las comunidades pueden expresar sus realidades y reivindicaciones. Este tipo de arte se convierte en una herramienta para visibilizar las luchas contra el autoritarismo, la discriminación y las desigualdades, reflejando los conflictos históricos y sirviendo como testimonio de la resistencia popular.

A lo largo de las décadas, los muros se han convertido en testigos de tensiones sociales, pero también en plataformas de resistencia y lucha por la justicia social. Aunque los murales han evolucionado con el tiempo, adaptándose a nuevas formas

de difusión como las redes sociales, su función de denuncia sigue vigente. Hoy en día, los murales continúan siendo una forma de visibilizar las luchas contra las violaciones de derechos humanos, la desigualdad social y otras formas de injusticia. La globalización y la digitalización han permitido que los mensajes muralistas lleguen a audiencias globales, transformándose en símbolos de resistencia internacional.

Muralismo y Trabajo Social: una estrategia de intervención:

El muralismo, como práctica artística, ha sido una herramienta significativa en la lucha por la justicia social, particularmente en momentos de transformación política y social. En América Latina, durante la segunda mitad del siglo XX, el trabajo social experimentó una reconceptualización importante, convirtiéndose en una disciplina crítica con un enfoque anticapitalista y contrahegemónico. Este proceso implicó no solo una reconfiguración teórica, sino también una crítica política hacia las prácticas profesionales existentes. De Paula (2007) señala cómo la disciplina adoptó una fundamentación teórica basada en el marxismo, lo que permitió redefinir la función del trabajador social como un agente de lucha contra las estructuras de poder.

El muralismo, como forma de arte popular, encontró en el trabajo social un campo de intervención complementario, particularmente durante períodos de dictadura y represión, como ocurrió en Chile. En este contexto, la represión política y social impulsó a las comunidades a buscar formas de resistencia, y los murales pasaron de ser una herramienta de propaganda a convertirse en un medio de denuncia directa contra las injusticias del régimen dictatorial. Los murales se transformaron en testimonios visibles de la lucha por los derechos humanos y en instrumentos para la construcción de memoria histórica (Lander, 2000). Según Giro (2007), el muralismo en estos contextos no solo comunicó los mensajes de resistencia, sino que también se erigió como un agente de cambio social, movilizando a las comunidades hacia la toma de conciencia sobre las violaciones a los derechos humanos.

Cristina Hjar (2015) sostiene que el muralismo debe ser entendido no solo como una técnica estética, sino como un proceso social que responde a las necesidades y conflictos de las comunidades. El muralismo, a través de su contenido político y social,

puede ser “un detonante para un acontecimiento estético” que genera un impacto en la conciencia colectiva. Esta capacidad del muralismo para transformar las percepciones y modificar las estructuras de poder es comparable con los objetivos del trabajo social, que busca transformar las dinámicas sociales a través de la intervención activa y la participación comunitaria. Así, ambos comparten un enfoque transformador, orientado a la construcción de una identidad colectiva que resista las estructuras opresivas existentes.

El muralismo también refuerza la identidad colectiva y contribuye al empoderamiento social (Arizpe & Lichterman, 2002). De igual forma, el trabajo social promueve la participación activa de las comunidades en la lucha por la justicia social, creando vínculos entre los individuos y las estructuras sociales. Ambas prácticas comparten una visión crítica de la realidad social, y ambas se configuran como herramientas de resistencia frente a la opresión, buscando crear un futuro más justo y equitativo.

Aunque el muralismo alcanzó su auge durante las dictaduras en América Latina, su influencia continúa vigente. Artistas como Siqueiros, Orozco y Rivera en México, y más recientemente los murales creados en comunidades indígenas y obreras, siguen utilizando el muralismo como una forma de arte que no solo embellece el espacio público, sino que también provoca una reflexión crítica sobre la historia, la política y la justicia social (López, 2010). Así, el muralismo sigue siendo un testimonio de resistencia, demostrando su relevancia continua como motor de cambio social y conciencia colectiva.

Cada disciplina tiene como propósito fundamental comprender y transformar la realidad que aborda. En el caso del trabajo social, su objetivo principal es analizar las dinámicas sociales para modificar las estructuras que perpetúan la desigualdad. No obstante, surgen preguntas clave: ¿qué marcos conceptuales y epistemológicos fundamentan la interpretación de esta realidad? ¿Cómo se conceptualizan las problemáticas sociales y sus posibles soluciones dentro de este campo?

En los procesos actuales de reflexión y formación en trabajo social, se observa una apuesta por enfoques epistemológicos críticos que buscan la transformación social, en particular aquellos vinculados a la Reconceptualización del Trabajo Social en América Latina. Sin embargo, estos enfoques aún no han logrado desafiar plenamente la dominancia de los saberes occidentales y la colonización del

conocimiento. Como señala Muñoz (2015), las teorías del trabajo social originadas en contextos capitalistas y desarrollados siguen siendo predominantes en los países latinoamericanos, a pesar de las notorias diferencias en sus contextos sociales y profesionales. Esta situación perpetúa una metodología cuantitativa que prioriza la cantidad de intervenciones sobre su calidad, y fomenta una visión fragmentada de los problemas sociales, reduciéndolos a casos individuales y patologizados, en lugar de abordarlos de manera integral y colectiva.

A pesar de los esfuerzos por consolidar un modelo latinoamericano, el trabajo social sigue siendo permeado por un enfoque que prioriza la intervención individual sobre la transformación estructural colectiva. La colonización de los saberes ha debilitado el modelo comunitario, que entendía las problemáticas sociales como fenómenos colectivos que requerían respuestas colectivas. Albertani (2011) subraya que es esencial superar la falsa dicotomía entre lo individual y lo colectivo, reconociendo que “todo individuo es un colectivo, y todo colectivo es un individuo” (p. 50). El reto del trabajo social, entonces, no es solo ofrecer soluciones momentáneas a las patologías sociales, sino también impulsar una acción colectiva que promueva la resistencia y la lucha contrahegemónica.

En este contexto, el muralismo emerge como una estrategia de intervención comunitaria capaz de contribuir a la transformación social. Más allá de su faceta estética, el muralismo es un proceso participativo orientado al bienestar social, que involucra directamente a la comunidad en el análisis, la concientización y la resolución de las problemáticas locales. A través de su práctica, se refuerzan los vínculos sociales, generando un espacio para la creación de identidad colectiva, historia y memoria. Maturana (2003) señala que la acción comunitaria debe concebirse como un proceso de construcción de la realidad compartida, donde la participación activa y la reflexión colectiva son esenciales para alcanzar soluciones efectivas y sostenibles.

El muralismo ofrece una forma de resistencia a la colonización del conocimiento, permitiendo que los pueblos expresen su propia historia desde su perspectiva, contrarrestando la narrativa oficial dominante. Se aleja de la concepción de “arte vanguardista” para convertirse en una herramienta de lucha, ya que su poder radica en transformar las contingencias históricas en una argumentación visual capaz de generar identidad y disidencia ideológica. Díaz (2014) explica que el muralismo no

solo es una técnica artística, sino una táctica representativa que fomenta la construcción de un imaginario colectivo, desafiando las narrativas impuestas y dando visibilidad a las luchas sociales.

La creación de murales también contribuye al fortalecimiento del tejido social, ya que el proceso de elaboración involucra a la comunidad en su totalidad, desde la decisión de realizar el mural hasta la creación de los elementos visuales que lo componen. Esta práctica fomenta la cohesión comunitaria, pues permite a los participantes expresar sus problemáticas y aspiraciones comunes. Además, otorga identidad territorial, ya que los murales no solo se convierten en un medio de expresión artística, sino en un testimonio de la memoria colectiva de los pueblos, transmitiendo información sobre los procesos históricos locales y creando un espacio para la reflexión sobre el pasado, el presente y el futuro. Así, los murales se presentan como una herramienta poderosa para visibilizar y transformar la cotidianidad, ofreciendo una representación visual de las luchas históricas y actuales de las comunidades. En este sentido, el muralismo se posiciona como una estrategia de intervención comunitaria que no solo actúa sobre los problemas visibles, sino que contribuye a la construcción de un imaginario colectivo que refuerza la identidad y resistencia de los pueblos.

CAPÍTULO III

MARCO METODOLÓGICO

El marco metodológico que guiará esta investigación será de carácter cualitativo. Este enfoque permitirá sistematizar y analizar los hechos, así como la narrativa de la historia oral empleada por los participantes en las entrevistas, lo cual posibilitará una aproximación a sus experiencias.

En este sentido, entendemos el concepto de *experiencia* como una categoría fundamental para el historiador, a pesar de su naturaleza imperfecta. Esta categoría abarca tanto las respuestas mentales como emocionales de un individuo o de un grupo social, frente a una serie de acontecimientos interrelacionados o a la repetición de eventos similares (E. P. Thompson, 1981: 19).

En este apartado se detalla el proceso metodológico que ha guiado esta investigación, con el objetivo de explicar la estructura que organiza y consolida la información generada. Es crucial comprender las directrices de este proceso, ya que la producción de la información se basa en el enfoque y los lineamientos que sustentan el trabajo. De esta manera, se asegura que la investigación se desarrolle de forma coherente con la información previamente escrita, y que esta sea sistematizada para su posterior análisis, el cual evaluará si se alcanzan los objetivos establecidos y si se responde adecuadamente a la pregunta de investigación.

Enfoque epistemológico:

El desarrollo de este trabajo de Seminario de Grado se enmarca en una matriz epistemológica hermenéutica, entendida como una "teoría de la interpretación" dedicada a la atenta indagación del autor y su obra textual. Quien busca comprender un texto debe adoptar una actitud receptiva, dispuesta a "dejarse decir algo" por el argumento. Así, el/la sujeto/a que estudia la realidad y los fenómenos sociales no está despojado/a del impacto de dicha realidad, sino que reconoce que el conocimiento no es neutral ni objetivo. Más bien, incluye la incorporación consciente de las propias ideas, opiniones y prejuicios previos del lector, los cuales influyen en el proceso interpretativo.

Mediante el uso de este paradigma epistemológico, se busca contribuir a la reflexión sobre la construcción teórica y práctica del Trabajo Social, en el contexto de un ejercicio profesional situado. En este sentido, se toman en cuenta los saberes y las experiencias vinculadas al trabajo comunitario en la disciplina, así como las acciones realizadas por organizaciones comunitarias de la sociedad, que crean espacios de acción colectiva para visibilizar la realidad y mejorar el bienestar de las personas, promoviendo el cambio, la cohesión social y la liberación.

Es fundamental reconocer la matriz epistemológica hermenéutica, ya que favorece los procesos de interpretación de hechos y fenómenos sociales. En este contexto, se destaca la interpretación de las experiencias de los actores sociales y de los trabajadores sociales involucrados en el trabajo comunitario, lo que promueve un conocimiento situado y experiencial. Quienes participan en esta investigación se reconocen como parte activa de la vivencia de la problemática expuesta.

Enfoque metodológico:

Esta investigación se orienta desde una perspectiva cualitativa, entendida como “cualquier tipo de investigación que produce hallazgos a los que no se llega por medio de procedimientos estadísticos u otros métodos de cuantificación” (Corbin & Strauss, 2002, p. 19-20). Su característica principal radica en el análisis descriptivo e interpretativo del fenómeno a estudiar. Los métodos cualitativos enfatizan la comprensión de la realidad desde la perspectiva interna de los sujetos, captando el significado que cada protagonista atribuye a un hecho y considerando estos elementos como partes de un conjunto sistemático (Ruiz Olabuenaga, 2003, p. 17). La investigación cualitativa abarca la realidad social de las personas en su entorno natural, con el objetivo de acceder a sus experiencias personales y reconstruir el significado que atribuyen a un hecho o vivencia específica.

Este enfoque subraya la relevancia de los relatos de los participantes, ya que, a partir de sus experiencias y perspectivas, se obtiene la información clave para responder a la pregunta central de la investigación. Además, favorece una mayor conexión y comprensión entre el investigador y los sujetos de estudio, lo que genera confianza y

compromiso mutuo (López, 2014, p. 35). Esta relación cercana facilita el acceso a las experiencias personales de los sujetos, permitiendo reconstruir el significado que estos atribuyen a sus vivencias.

Según José Ruiz Olabuenaga (2003, p. 25-26), algunos elementos clave de la investigación cualitativa son los siguientes:

1. El énfasis en estudiar los fenómenos sociales en su entorno natural.
2. La primacía de los aspectos subjetivos de la conducta humana sobre las características objetivas.
3. La preferencia por la observación y la entrevista abierta (enfocada y en profundidad) como herramientas de exploración.
4. El uso del lenguaje simbólico (como las descripciones densas de Geertz), en lugar de los signos numéricos.

La inclusión de estos elementos no restringe, sino que amplía el alcance de los temas vinculados a la metodología cualitativa. Además, permite una relación directa y horizontal entre los investigadores y los participantes, como señala Vasilachis (2006), quien describe el proceso como un intercambio interactivo entre ambos, generando una relación dialéctica que favorece la confianza y la escucha activa. En este sentido, Deslauriers (2004) sostiene que, dada la transformación del sistema capitalista y las exigencias de acción, es necesario un enfoque de investigación más cercano al terreno y adaptable a los fenómenos sociales cambiantes.

El enfoque metodológico de esta investigación fue elegido porque la metodología cualitativa proporciona las herramientas necesarias para cumplir con los objetivos, que buscan comprender cómo el muralismo puede ser utilizado como herramienta de intervención colectiva. Las respuestas de los actores sociales entrevistados contribuyen tanto a la metodología como a la concepción comunitaria del fenómeno, ayudando a entenderlo como parte de una realidad social concreta. La investigación cualitativa permite observar y comprender este fenómeno desde una perspectiva compleja y multidimensional, reconociendo a los sujetos como agentes activos en sus propios procesos.

Alcance de la investigación:

La investigación adopta un enfoque exploratorio-descriptivo, ya que busca identificar los rasgos más distintivos de este fenómeno. El enfoque exploratorio permite familiarizarse con fenómenos relativamente desconocidos y proporciona información preliminar que facilita investigaciones más profundas sobre contextos específicos. Por su parte, el enfoque descriptivo tiene como objetivo especificar las propiedades y características relevantes del fenómeno analizado (Hernández, Fernández y Baptista, 2014, p. 91). Este enfoque se centra en la observación detallada y sistemática de los aspectos visibles del fenómeno en cuestión, sin intervenir ni manipular variables, lo que permite construir una imagen clara y precisa del mismo. A través de la descripción, se busca clasificar y caracterizar fenómenos, proporcionando una base sólida para comprenderlos en su contexto específico y facilitar la comparación con otros fenómenos similares. En el caso de esta investigación, el enfoque descriptivo se aplica para examinar y detallar los elementos visuales y simbólicos del muralismo, como las formas de expresión, los colores y los mensajes que emergen en el proceso de creación del mural, a fin de obtener una comprensión profunda de su impacto en las comunidades.

El objetivo principal de esta investigación es generar datos sobre el desarrollo integral de comunidades organizadas (o no) a través de la creación de un mural, que puede funcionar como una herramienta para reflejar la historia y las necesidades de un territorio. Este proceso tiene el potencial de generar una reflexión colectiva y, principalmente, un ejercicio de memoria. El propósito es determinar si el muralismo puede contribuir efectivamente a los procesos de intervención comunitaria.

Es fundamental crear un espacio en el que los participantes puedan caracterizar sus experiencias, dado que la investigación busca aportar a la discusión sobre el muralismo como instrumento de intervención social, en un campo donde la información disponible es limitada.

Técnicas de producción de datos:

Una vez definida la metodología de investigación, los instrumentos y las técnicas para la recopilación de información varían según el enfoque que se desee enfatizar en el estudio. En esta investigación cualitativa, las técnicas de recopilación de datos incluyen la entrevista semi-estructurada.

Entrevista Semi-Estructurada:

La entrevista semi-estructurada es un instrumento que permite al investigador comprender al individuo a través de lo que este transmite oralmente desde su propia experiencia. Esta técnica ofrece un espacio flexible y crea un ambiente cómodo para que los participantes se expresen libremente. Como indica Canales (2006), "la entrevista permite que los participantes se expresen y compartan información desde dimensiones más profundas, en un tiempo que facilita este proceso" (p. 221).

El investigador tiene la responsabilidad de formular las preguntas, pero también debe crear un ambiente propicio para que la interacción fluya de manera natural, lo que puede incluir momentos de conversación informal (Canales, 2006). Se emplea una pauta semi-estructurada para la entrevista, ya que esta ofrece flexibilidad, se adapta a los participantes, los motiva, aclara términos y reduce formalismos (Díaz et al., 2013).

Pauta y/o matriz de diseño:

La matriz de diseño y análisis es una herramienta visual clave en el proceso de planificación y desarrollo de proyectos, especialmente en el ámbito de la investigación cualitativa. Su función principal es organizar y estructurar los elementos que componen el proyecto de investigación, lo que proporciona claridad sobre la organización de los componentes y cómo se interrelacionan entre sí. Esta estructura facilita un análisis detallado y profundo de los fenómenos estudiados (García, 2015).

En el contexto de la investigación cualitativa, la matriz de diseño y análisis ofrece un marco conceptual que guía al investigador en la toma de decisiones fundamentadas. Además, permite evaluar de manera sistemática las diversas opciones disponibles, lo cual es esencial para identificar posibles conflictos, redundancias o vacíos en el diseño, y evitar sesgos que puedan afectar la validez del estudio. Esta herramienta facilita también el mapeo de las variables de estudio, ayudando a visualizar cómo se interrelacionan, lo que permite una comprensión más amplia y profunda del contexto investigativo (Hernández Sampieri, Fernández-Collado, & Baptista Lucio, 2014).

Según Rodríguez y Rivas (2017), la matriz de diseño y análisis permite al investigador cualitativo tener una visión clara de los métodos y técnicas a emplear, como entrevistas, grupos focales o análisis de contenido, y también de las relaciones entre las distintas fases del proceso de investigación. Esto asegura que la recolección y el análisis de datos sean más estructurados, lo que contribuye a organizar la información y facilitar la interpretación precisa de los resultados. Además, favorece la reflexión crítica y la interpretación profunda, dos características fundamentales de la investigación cualitativa (Sánchez, 2016).

En resumen, la matriz de diseño y análisis no solo mejora la eficiencia en la obtención de resultados, sino que también permite un entendimiento más enriquecido y matizado del fenómeno investigado, maximizando la capacidad de los investigadores para generar conclusiones fundamentadas y contextualizadas en la investigación cualitativa.

Selección de Participantes:

El criterio de selección de los participantes se basa en su relación con esta expresión artística a gran escala, centrada en la realización de murales, así como en su participación activa dentro de la brigada, siendo estos los protagonistas de las entrevistas. Los entrevistados forman parte de una organización muralista que trabaja directamente con las comunidades, enfocándose en crear expresiones artísticas

colectivas que representan la identidad o las necesidades de un territorio o comunidad organizada.

Como característica principal, se considera que los participantes deben ser personas que pinten de forma habitual y que estén vinculadas de alguna manera con la colectividad generada por las comunidades y el trabajo territorial. Esta investigación se basa en la metodología utilizada por la organización "La Brigada Ana Luisa", cuya selección de participantes se limitó a 6 de los 12 miembros de la brigada. De estos, 3 son hombres y 3 son mujeres adultas, con edades comprendidas entre los 30 y los 50 años. Cada uno de los entrevistados es un sujeto activo y comprometido con la militancia de esta organización.

Se requerirá la firma de un consentimiento informado por parte de cada participante, ya que se solicitará grabar las entrevistas para dejar un registro del instrumento. Además, se les informará sobre la confidencialidad y la seriedad del contenido compartido. La explicación del consentimiento informado se realizará antes de cada entrevista, asegurando que los participantes comprendan el propósito de la grabación y el uso de la información recabada.

Estrategia de muestreo:

Se utiliza una técnica de muestreo no probabilístico, en la que los sujetos a entrevistar serán seleccionados por conveniencia. El muestreo no probabilístico implica que los elementos de la población no tienen la misma probabilidad de ser seleccionados, lo que puede generar sesgos en los resultados. Sin embargo, este enfoque resulta útil cuando no es posible obtener una muestra aleatoria o cuando se busca facilitar el proceso de selección. En este caso, los participantes seleccionados comparten la característica común de haber participado activamente en la brigada durante 2024. Este tipo de muestreo permite acceder a un grupo específico de personas que cumplen con criterios preestablecidos, lo que lo convierte en una estrategia práctica cuando se cuentan con recursos limitados o se requiere una muestra específica para un estudio de caso o exploratorio (Sampieri, Collado, & Lucio, 2014).

La selección de los participantes se centró en seis de los doce miembros activos de la brigada Ana Luisa, quienes serán entrevistados de manera individual utilizando un formato semi-estructurado. Aunque la muestra es pequeña para la investigación, ofrece beneficios, como la posibilidad de realizar un análisis detallado de los datos proporcionados por los participantes (Monterola & Otzen, 2014). Además, facilita la creación de un espacio de confianza en el que los participantes puedan compartir libremente sus experiencias, lo que contribuye a obtener información de mayor calidad.

El proceso de selección consistió en contactar a los participantes elegidos por el investigador, quienes, durante el año de participación y trabajo territorial, demostraron un mayor interés y compromiso al relacionarse con las comunidades. Además, contaban con el conocimiento metodológico necesario para generar afinidad y consensos representativos de la comunidad.

Aspectos Éticos:

La participación será voluntaria. Se proporcionará información detallada sobre el manejo de los datos y la información recopilada durante el proceso de investigación en las distintas fases del estudio. Antes de iniciar la aplicación del instrumento, se dedicará un espacio para explicar las implicancias de la participación, incluyendo los beneficios, riesgos y otros elementos relevantes. Además, se entregará un consentimiento informado que resumirá verbalmente la información proporcionada por el investigador o entrevistador responsable. Este documento deberá ser leído y firmado por el participante antes de la entrevista. Una vez firmado, el documento será guardado por el entrevistador y digitalizado para mantener un respaldo. Como establece la Declaración de Helsinki (2013), "El investigador deberá obtener el consentimiento informado de cada sujeto, con base en una información adecuada, antes de que este participe en la investigación" (Asociación Médica Mundial, 2013).

Los participantes podrán optar por no utilizar su nombre real; en este caso, se les asignará un nombre ficticio para identificar la entrevista. El acceso a los datos recopilados estará restringido exclusivamente a los investigadores responsables y a

los expertos que participarán en el análisis y triangulación de la información para validarla.

Trabajo de campo:

Es necesario establecer el posicionamiento del investigador dentro de un marco institucional. El investigador forma parte activa de la brigada Ana Luisa desde principios de este año, participando constantemente en sus actividades. Durante los primeros meses, se involucró activamente en las distintas jornadas programadas y estableció relaciones personales con los miembros de la brigada. Este proceso permitió construir vínculos de confianza y afinidad con los integrantes, lo que facilitó el acercamiento a la metodología de trabajo implementada con las comunidades y al nivel de vinculación que logran establecer.

Este proceso favoreció la flexibilidad y versatilidad de la metodología, permitiendo su adaptación a la diversidad de espacios generados por la sociedad, especialmente aquellos relacionados con organizaciones territoriales que mantienen comunicación con la brigada y, preferentemente, comparten sus principios políticos. A partir de este momento, la corriente artística y colectiva promovida por la brigada adquirió mayor relevancia, convirtiéndose en un componente central de la investigación en curso. En este contexto, lo fundamental no es solo la realización de expresiones artísticas a gran escala, sino también el trabajo metodológico, la vinculación territorial y la relevancia interdisciplinaria que esta corriente puede tener en el ámbito del trabajo social.

A mediados de este año, se inició el proceso de creación de una pauta de entrevista semiestructurada, diseñada para llevar a cabo entrevistas en profundidad con los integrantes de la brigada. Estas entrevistas están previstas para durar entre 30 a 40 minutos. La pauta tiene como objetivo responder a las preguntas de investigación y a los objetivos establecidos previamente.

Simultáneamente, se elaboró un documento de consentimiento informado para las entrevistas, dado que se trabajará con información personal de los participantes. Es necesario informarles que las entrevistas serán grabadas en su totalidad y que la información recabada será sistematizada y analizada posteriormente, siempre con

finés académicos. Esto garantiza la protección de los datos y asegura la privacidad de lo expresado por los participantes.

Una vez completados estos procesos, se lleva a cabo el acercamiento con los sujetos seleccionados para participar, quienes fueron elegidos en función de la afinidad, confianza, compromiso y conocimiento que el investigador percibió. Los lazos de confianza establecidos entre el investigador y los participantes desempeñaron un papel crucial en este proceso.

Tras realizar las entrevistas individuales, se procede a la sistematización de los datos, que incluye la transcripción, revisión y selección de los aspectos más relevantes. Para ello, se utilizará una herramienta de análisis detallada, que se describe más adelante. Es importante señalar que las decisiones metodológicas adoptadas están orientadas a cumplir con los objetivos de la investigación y generar la mayor cantidad de información posible dentro de los plazos establecidos.

Estrategia de análisis:

La estrategia de análisis de contenido es un enfoque metodológico utilizado para examinar y entender diversos tipos de contenido, como textos, medios audiovisuales y datos digitales, con el fin de extraer información relevante, identificar patrones y obtener conclusiones sobre un tema o fenómeno específico. Esta estrategia se aplica en disciplinas como las ciencias sociales, la comunicación, el marketing, la investigación académica, entre otras (Bardin, 2011).

En el contexto cualitativo, el objetivo principal del análisis de contenido es comprender los significados, contextos y matices detrás del contenido. A través de este enfoque, se busca interpretar la información de manera profunda, identificando temas, sentimientos, perspectivas y representaciones que no pueden ser fácilmente cuantificados. El análisis cualitativo se enfoca en el significado subyacente de las palabras, imágenes, símbolos o comportamientos, y en cómo estos elementos reflejan o construyen realidades sociales, culturales o emocionales (Patton, 2015).

Este enfoque permite obtener una visión detallada y holística del contenido, considerando no solo las palabras o hechos, sino también las emociones, motivos y relaciones que dan forma a los mensajes. Al adoptar una metodología cualitativa, el análisis de contenido se convierte en una herramienta poderosa para descubrir insights complejos y específicos que podrían pasar desapercibidos en enfoques más cuantitativos (Flick, 2018)

Capítulo IV

Análisis

El muralismo ha sido históricamente una forma de expresión artística estrechamente vinculada con los procesos de resistencia social y política. A lo largo de las décadas, se ha consolidado como una poderosa herramienta de intervención comunitaria, permitiendo visibilizar luchas históricas, reivindicar derechos y construir una memoria colectiva. En este capítulo, se explora el papel fundamental del muralismo en el trabajo comunitario, destacando tanto su función como vehículo de expresión política como los desafíos que enfrenta en la actualidad. A través de las entrevistas realizadas con los participantes, se revela cómo el muralismo no solo contribuye a la transformación social, sino que también se integra en procesos de formación colectiva, acción política y fortalecimiento de la identidad comunitaria. Al mismo tiempo, se abordan las tensiones internas y externas que desafían su continuidad, así como su capacidad de adaptarse a los nuevos contextos y necesidades sociales. El muralismo, en su esencia, sigue siendo una herramienta vibrante y dinámica, capaz de generar conciencia colectiva y fomentar un cambio social profundo.

Rol del muralismo en el trabajo comunitario:

La vinculación con el muralismo, según las entrevistas realizadas, se basa en una conexión emocional y política, destacándose el vínculo de los participantes con el movimiento a través de amistades cercanas y su afinidad con los objetivos políticos

de la organización. El muralismo no solo es una forma artística; es una poderosa herramienta para expresar ideologías políticas y visibilizar luchas sociales. Aunque al principio algunos experimentaron inseguridad, con el tiempo, la participación se consolidó como un medio para contribuir al cambio social mediante el arte. Los motivos de los participantes están profundamente vinculados con la transformación social, impulsados por un fuerte sentido de justicia y la necesidad de dar voz a los marginados. El muralismo se percibe como una herramienta de resistencia política, memoria histórica y una forma de reivindicar las luchas de la clase trabajadora y otros grupos sociales. Este concepto se refleja en las ideas de Fanon (1961), quien, en su obra *Los condenados de la tierra*, argumenta que los pueblos colonizados deben apropiarse de sus espacios culturales y artísticos como una forma de liberación. En las entrevistas, este pensamiento se refleja en las palabras de Pancho (2024): "Creo en la necesidad de estar organizado políticamente, y en este sentido en la brigada encontré el espacio para organizarme, difundir ideas políticas y poder también desarrollar arte."

El muralismo, en este sentido, se convierte en un acto simbólico de reivindicación de las luchas de los sectores marginados, construyendo una nueva narrativa colectiva que busca corregir las injusticias históricas. En este contexto, el muralismo se inserta perfectamente en una dinámica de resignificación cultural y resistencia. A través de actividades complementarias como talleres, ollas comunes y espacios de formación colectiva, se fortalece la conciencia política y la cohesión de los participantes. Como señala Paloma (2024):

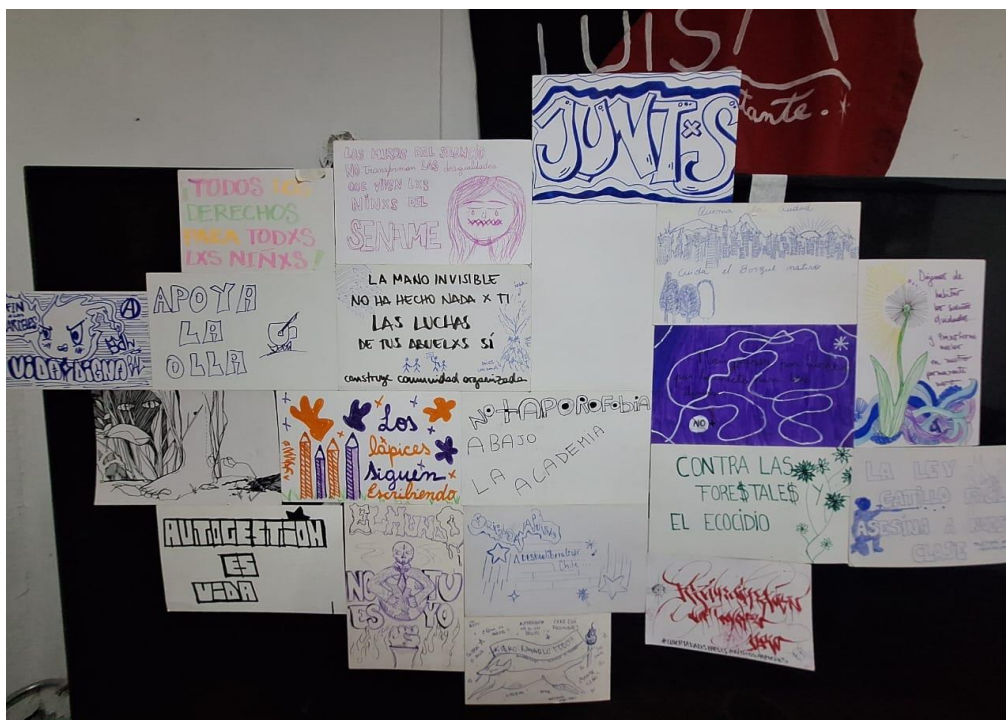
"En los talleres, por ejemplo, se enseñan técnicas de muralismo, pero también se abordan temas políticos y sociales que fortalecen la conciencia colectiva y el sentido de pertenencia de los participantes. Los temas suelen surgir de conversaciones, encuentros y charlas afines a los trabajos propios en las organizaciones, por lo que el tema a plasmar en el muro irá en directa relación al lugar en donde se pinta (...). Pintamos para acompañar procesos de lucha, reivindicaciones, memoria, por lo que el trabajo colectivo es fundamental."



Felipe V (2024). Taller de Muralismo Militante. Fuente personal

Este enfoque colectivo se alinea con las ideas de Dussel (2005), quien en su obra *La ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión* plantea que los movimientos sociales latinoamericanos deben apostar por una ética de la cooperación y la horizontalidad. Dussel defiende que la justicia social solo es posible mediante estructuras organizativas inclusivas que propicien el diálogo y la participación activa de las mayorías. En este sentido, el muralismo refleja esa apuesta por una liberación que parte de abajo hacia arriba, donde la cultura juega un rol central como medio de transformación.

Aquí es importante destacar cómo estas ideas se implementan de manera práctica dentro de los procesos muralistas: los colectivos no solo se dedican a pintar, sino que cada mural se convierte en un espacio de diálogo sobre temas políticos y sociales, transformando la comunidad a través de la reflexión colectiva.



Felipe V. (2024). "Resultados del taller de Muralismo Militante". Fuente propia

Tensiones que actualmente enfrenta el muralismo en el trabajo comunitario:

A pesar de que el muralismo ha logrado consolidarse como una poderosa herramienta de transformación social, también enfrenta tensiones internas y externas que desafían su continuidad. A nivel interno, surgen desacuerdos sobre las temáticas y enfoques de los murales, lo que puede generar tensiones creativas entre los miembros de los colectivos. Estos desacuerdos no son negativos en sí mismos, sino que constituyen una parte natural de los procesos colectivos, permitiendo una reflexión constante sobre la dirección del trabajo y la cohesión interna. La capacidad de la organización para manejar estas diferencias es clave para su crecimiento. Como lo señala Pablo (2024):

"Es esta vinculación entre lo político y lo artístico en relación y en acción junto a otras personas, a ciertas reivindicaciones que tiene nuestro pueblo (...) también la adicional de crear conciencia de lo que está ocurriendo, hacer memoria de lo que ocurrió."

Además de las tensiones internas, existen también retos externos, especialmente en relación con las autoridades locales, que a menudo rechazan estas intervenciones artísticas. La represión por parte del municipio es un ejemplo de estas tensiones, como recuerda Tefa (2024):

"El municipio tirando yuta, porque en el fondo, ese era un proyecto transnacional y, como que en verdad, además la organización que nos invitó tenía una tensión muy directa con el municipio, entonces fue como que nos tiraron de una la represión y pucha, súper fome en verdad."

Estas tensiones externas reflejan el conflicto inherente al muralismo en espacios públicos, donde los sectores dominantes buscan controlar las narrativas visuales y los espacios compartidos. Sin embargo, estos conflictos también han llevado a la comunidad a replantear sus estrategias. Por ejemplo, algunos colectivos han comenzado a trabajar de manera más cercana con los barrios, obteniendo el apoyo directo de los vecinos, quienes reconocen el muralismo como una herramienta de visibilización y resistencia.

A pesar de estos obstáculos, la solidaridad y el apoyo de la mayoría de la comunidad siguen siendo pilares fundamentales para la continuidad del muralismo como herramienta de visibilización de las luchas históricas.

Muralismo como estrategia de intervención social desde un enfoque comunitario:

El muralismo, más allá de ser una forma de expresión artística, se configura como una estrategia de intervención social que busca transformar la realidad de las comunidades a través de la participación activa y la educación. Como plantea Freire (1970) en *Pedagogía del oprimido*, la educación debe ser un proceso liberador que surja de la interacción y el diálogo entre los participantes. En este sentido, el muralismo se convierte en un espacio de enseñanza y aprendizaje, donde los participantes no solo crean arte, sino que también se educan en la práctica de la resistencia y la transformación social. El muralismo permite a los individuos aprender

sobre las luchas históricas y sociales, colaborar en un proceso colectivo y ser parte de un movimiento que busca el cambio social.

Este proceso está profundamente relacionado con el concepto de memoria colectiva, que a través de los murales se visualiza y comparte en el espacio público, como lo expresa Tefa (2024):

"El desarrollo del mural como un espacio de encuentro, pero también de visibilización de quienes han sido marginados. La construcción comunitaria, la participación, esta herramienta pedagógica que puede ser el muralismo, como esto de vociferar ideas que no tienen espacios dentro de los imaginarios de las ideas, porque en el fondo está como negada la voz del pueblo dentro de las ideas, ya sean estéticas o intelectuales."

Este enfoque pedagógico no solo se limita a la enseñanza técnica, sino que también promueve una reflexión crítica sobre la situación social y política de los participantes. En los talleres, se abordan temas que van más allá de la técnica artística, invitando a los participantes a analizar sus propios contextos y cómo pueden usar el arte para transformar la realidad. El muralismo, por lo tanto, actúa como un vehículo para construir identidad cultural, visibilizar luchas y generar un sentido de pertenencia en las comunidades.

Como estrategia de intervención social, no solo busca la creación de arte, sino que también se integra en procesos colectivos de formación y acción política, contribuyendo a la construcción de un futuro más equitativo y consciente de su historia. En resumen, el muralismo no solo es una forma de arte, sino una poderosa herramienta de transformación social que, a través de la colaboración, la educación y la reivindicación de la memoria colectiva, puede seguir jugando un papel clave en la lucha por la justicia social y la visibilización de las luchas históricas.

A medida que enfrenta nuevas tensiones, su capacidad para adaptarse y mantenerse como un vehículo de resistencia política y cultural demuestra su relevancia continua en las comunidades actuales. Con su enfoque pedagógico y su capacidad para generar conciencia colectiva, el muralismo sigue siendo una herramienta fundamental para la construcción de una sociedad más justa y equitativa.

Conclusiones

El muralismo ha sido históricamente una forma de expresión artística que trasciende el mero acto estético, convirtiéndose en un vehículo clave para la resistencia social, la construcción de identidad y la preservación de la memoria colectiva. A lo largo de diversas épocas y en diferentes contextos geográficos, los murales han funcionado como una herramienta de intervención social que visibiliza luchas políticas, sociales y económicas. Esta investigación aborda el muralismo en su rol de protesta y denuncia, especialmente en lugares como Santiago de Chile, donde ha servido como medio de expresión en contextos de opresión y marginación. Además, explora cómo el muralismo no solo se relaciona con la memoria histórica, sino también con la educación y la transformación social al involucrar a las comunidades en procesos colectivos. A través de una reflexión sobre la relación entre el muralismo, el trabajo social y la identidad, se analiza el impacto de esta forma de arte en la creación de nuevos espacios de participación y en la reafirmación de las luchas sociales contemporáneas. En un mundo donde el arte a menudo se convierte en mercancía, también se discuten las tensiones actuales que enfrenta el muralismo, poniendo en evidencia la constante transformación de esta práctica, su relevancia y su capacidad para seguir siendo un acto de resistencia.

El muralismo como herramienta de resistencia y memoria colectiva:

Esta investigación explora el muralismo no solo como una expresión artística, sino como una poderosa herramienta de intervención social que trasciende lo estético. Los murales se convierten en vehículos fundamentales para la resistencia, la identidad y la memoria colectiva. Un ejemplo claro de esto se observa en los murales de Santiago de Chile, que han sido esenciales para visibilizar luchas sociales históricas y como una forma de denuncia política. Los murales no son meros adornos, sino potentes medios de protesta y reflexión que juegan un papel crucial en la construcción de identidad. Tal como lo señalan los muralistas entrevistados, como Valentina, miembro de la brigada "Ana Luisa", el muralismo establece un vínculo estrecho entre las

comunidades, sus luchas y sus historias, creando espacios de participación que refuerzan la cohesión social y fortalecen el sentido de pertenencia. El muralismo no solo ha sido un acto de resistencia en el pasado, sino que sigue siendo una forma vigente de resistencia.

Néstor García Canclini (1995) destaca que las expresiones culturales urbanas, como el muralismo, no solo son formas de resistencia, sino que también sirven como plataformas para que los sectores marginalizados visibilicen sus luchas. En tiempos recientes, el muralismo ha experimentado una transformación al incorporar nuevas técnicas y estilos. Esta evolución permite no solo la reflexión sobre problemáticas sociales, sino también la participación digital y en redes sociales, ampliando su alcance a audiencias globales. Los testimonios de los muralistas reflejan esta función, pues, además de crear arte, construyen relatos que abordan problemáticas sociales, políticas y económicas, generando una memoria colectiva que desafía la amnesia impuesta por el sistema capitalista.

El muralismo, como herramienta de resistencia, se entrelaza estrechamente con el trabajo social, que, en sus orígenes, fue una respuesta a las crecientes desigualdades del capitalismo industrial. Sin embargo, como señalan autores como Maldonado (2009) y Reyes (2016), el trabajo social ha tendido a centrarse en la adaptación de los individuos al sistema, despojándolos de sus saberes y realidades. Esta visión hegemónica ha sido cuestionada en los últimos años, abriendo espacio para una praxis social más crítica y transformadora. En este contexto, el muralismo y otras formas de expresión cultural se presentan como herramientas valiosas para la intervención social. Como señala Paulo Suárez (2014), el trabajo social debe ser un proceso colectivo que permita la emancipación de las personas frente a diversas formas de opresión.

Al integrarse en estas prácticas, el muralismo ofrece una vía para fomentar la resistencia, permitiendo que las comunidades expresen sus realidades y desafíen las estructuras sociales existentes. De esta manera, el muralismo no solo se relaciona con la resistencia política, sino que también se entrelaza con otros procesos de transformación social y comunitaria, impactando la identidad y la educación.

Muralismo y su impacto en la identidad, educación y transformación social:

Al incorporar herramientas culturales en la intervención social, el muralismo permite que el trabajo social trascienda las metodologías convencionales, reconociendo y valorando los saberes locales y las formas de vida de las comunidades.

Los muralistas de la brigada "Ana Luisa" demuestran que el muralismo es una forma de arte colectiva que no solo embellece los espacios urbanos, sino que también se convierte en un medio de denuncia, educación y construcción de nuevas realidades sociales. Los murales, al funcionar como actos de memoria, contribuyen al fortalecimiento del tejido social y a la creación de un bien común, alineándose con las ideas de horizontalidad y colectividad propuestas por Suárez (2014).

A lo largo del tiempo, el muralismo ha evolucionado y diversificado. Si bien se originó principalmente en América Latina, hoy en día ha tomado diversas formas y enfoques según el contexto social y político de cada región. En países como México, los murales se centran en temas como la lucha indígena y la memoria histórica de la Revolución Mexicana, como los famosos murales de Diego Rivera, que narran las luchas obreras y la identidad del pueblo mexicano. Mientras que, en otras partes del mundo, como Estados Unidos o Europa, el muralismo aborda problemáticas contemporáneas como el racismo, la migración o el cambio climático. Un ejemplo de esto es el mural de "La Lucha de las Mujeres Migrantes" en California, que resalta las injusticias que enfrentan las mujeres migrantes en los Estados Unidos.

Esta diversidad muestra cómo el muralismo se adapta a las realidades locales, pero también subraya su capacidad para crear una identidad global a través del arte público. El muralismo también actúa como una forma de educación informal, brindando a las comunidades una herramienta para reflexionar y aprender sobre sus derechos, sus historias y las problemáticas sociales contemporáneas. A través de imágenes y simbolismos accesibles, los murales comunican de manera directa y efectiva, permitiendo que personas de todas las edades se conecten con temas complejos de una manera visualmente poderosa.

Este enfoque educativo va más allá del simple acto de pintar; se trata de crear conciencia y fomentar la acción colectiva. El muralismo no solo refuerza la identidad colectiva, sino que también tiene un impacto profundo en la identidad individual, ya que permite que los miembros de la comunidad se reconozcan en el arte que los rodea, reafirmando su sentido de pertenencia, sus luchas y sus aspiraciones. Sin embargo, esta relación entre el muralismo y la identidad colectiva puede ser compleja, ya que los murales, al ser un medio visible, pueden estar sujetos a disputas sobre qué representaciones de la identidad deben prevalecer. De este modo, los murales pueden convertirse en un punto de encuentro de distintas voces, pero también en un espacio de tensión sobre qué historia se cuenta y cómo se cuenta.

En cuanto a los desafíos contemporáneos, es importante mencionar que, aunque el muralismo sigue siendo una forma de resistencia poderosa, también enfrenta ciertas tensiones. En algunas ciudades, los murales han sido cooptados por el mercado inmobiliario y la industria del arte, perdiendo parte de su potencial subversivo al ser transformados en productos comerciales. Esta transformación puede diluir el mensaje original de los murales, al tiempo que expone a los artistas a los mismos mecanismos de poder contra los que originalmente luchaban.

Este fenómeno plantea una pregunta crucial: ¿puede el muralismo seguir siendo una herramienta de resistencia en un contexto donde el arte se convierte en una mercancía? A pesar de estos desafíos, el muralismo sigue siendo una de las formas más vibrantes de arte público y continúa desempeñando un papel fundamental en la construcción de identidades colectivas y la intervención social.

Referencias bibliográficas:

- Albertani, A. (2011). La construcción de lo colectivo en el trabajo social. Editorial Universitaria.
- Arizpe, L. (1997). Las culturas prehispánicas y su legado mural. UNAM.
- Arizpe, L., & Lichterman, J. (2002). El muralismo y las comunidades: Transformación social a través del arte. Fondo de Cultura Económica.
- Asociación Médica Mundial. (2013). Declaración de Helsinki: Principios éticos para las investigaciones médicas en seres humanos. Asociación Médica Mundial. Recuperado de <https://www.wma.net/es/que-hacemos/etica-medica/declaracion-de-helsinki/>
- Bardin, L. (2011). Análisis de contenido (3.^a ed.). Ediciones Akal.
- Berman, M. (1994). La invención de la modernidad. Ediciones Akal.
- Betancur, V. (s.f.). La política desde el territorio Minga, liberación de la madre tierra y las ciencias sociales decoloniales. En E. Gómez, M. Patiño, E. Barreto, F. González, J. Rivera, J. Muñoz, N. Muñoz, E. Morales, S. Fernández, H.

Muñoz, G. Vásquez, J. Nieto, J. Suárez, O. Atehortúa, & M. Román (Eds.), *Diversidades y decolonialidad del saber en Ciencias Sociales y el Trabajo Social* (pp. [números de página]). Punto y Letra.

- Bruguera, T. (2006). *Arte y poder en América Latina*. Ediciones Universidad Veracruzana.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación social: Introducción a los oficios*. LOM Ediciones.
- Canclini, N. G. (1995). *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Editorial Grijalbo.
- Chartier, R. (2002). *El mundo como representación: Historia cultural: entre práctica y representación* (p. 57). Gedisa.
- Chicana Feminist Collective. (2003). *Arte y activismo: El muralismo social como forma de resistencia*. Chicana Press.
- De la Maza, F. (2002). *El muralismo mexicano y su trascendencia*. Fondo de Cultura Económica.
- De Paula, E. (2007). *El trabajo social y el marxismo: Una nueva visión crítica*. Editorial Socialista.
- De Paula, M. (2007). *El trabajo social y el marxismo: Reconceptualización y crítica profesional*. Editorial Universitaria.
- Del Conde, T. (1991). *El muralismo y la vanguardia en América Latina*. INBA.
- Díaz, C. (2014). *Muralismo y lucha social: Más allá de la estética*. *Revista de Arte y Cultura*, 12(3), 45-60.
- Dussel, E. (2005). *La ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*. Ediciones Época.
- Federación Internacional de Trabajadores Sociales. (2014). *Definición global del trabajo social*. Recuperado de <https://www.ifsw.org/what-is-social-work/global-definition-of-social-work/>
- Fernández, D. (2017). *El graffiti es un acto de rebeldía*. *Revista AmoSantiago*. Recuperado de <https://amosantiago.cl/dasic-fernandez-muralista-chileno-el-graffiti-es-un-acto-de-rebeldia/#:~:text=El%20graffiti%20es%20un%20acto%20de%20rebeld%C3%A1a%20que%20busca%20tomarse,al%20ser%20pagada%2C%20es%20I>egal

- Fernández, L. (2015). Descolonizar el trabajo social: Nuevas perspectivas desde América Latina. Ediciones Abya Yala.
- Fernández, M. (2015). Trabajo social y crítica social en América Latina. Buenos Aires: Editorial Social.
- Fauri, D. (2011). La evolución del trabajo social: Perspectivas históricas y teorías contemporáneas. Editorial Jurídica.
- Foucault, M. (2002). La arqueología del saber. Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1970). Pedagogía del oprimido. México: Siglo XXI Editores.
- García, M. (2015). El diseño de la investigación cualitativa: Estrategias y herramientas. Editorial Universitaria.
- García Canclini, N. (2004). Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad. Grijalbo.
- Giménez, A. (2010). Colonialismo y modernidad: El impacto de las teorías europeas en América Latina. Ediciones de la Universidad Autónoma.
- Giménez, M. (2010). Colonización intelectual y trabajo social en América Latina. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- González, E. (2012). Teoría y praxis del trabajo social en América Latina. Buenos Aires: Editorial Humanitas.
- González, M. (2015). Murales urbanos: Arte, espacio público y participación comunitaria. Editorial Cátedra.
- González, M. T. (2012). Trabajo social y derechos humanos en América Latina: Una historia de resistencia. Editorial Avance.
- González, R. (2018). Trabajo social y globalización: Nuevas perspectivas para una intervención profesional. Editorial Universitaria.
- González, S. (2012). Reflexiones sobre la praxis del trabajo social en América Latina. Ediciones Paidós.
- Giro, R. (2007). Arte popular y conciencia social: El muralismo como agente de cambio. Editorial Cultura.
- Giro, R. (2007). El muralismo en América Latina: Arte y política. Ediciones Siglo XXI.
- Hernández, C., Fernández, R., & Baptista, M. (2010). Metodología de la investigación. Editorial Bibliográfica Internacional Ltda. 5ta Edición.

- Hernández, J. (2004). Muralismo y poder en México: La construcción de un discurso visual. Editorial Siglo XXI.
- Hernández, L. (2003). El trabajo social en América Latina: Entre la teoría y la práctica. Editorial El Ateneo.
- Hernández, M. (2003). El trabajo social en América Latina: Entre la tradición y la modernidad. México: Editorial Porrúa.
- Hernández, R., Fernández, C., & Baptista, M. (2014). Metodología de la investigación. Editorial McGraw-Hill Education/Interamericana editores. 6ta Edición.
- Híjar, C. (2015). El muralismo como proceso social y político: Una mirada desde la comunidad. *Revista de Arte y Cultura*, 21(3), 123-145.
- Híjar, C. (2015). El muralismo como proceso social y político. En A. Gutiérrez (Ed.), *Arte y resistencia en América Latina* (pp. 113-129). Editorial Resistencia.
- Kisnerman, N. (2005). Pensar el trabajo social: Una introducción desde el construccionismo. Editorial [nombre de la editorial].
- Klein, C. (1997). El muralismo mexicano: Un arte de la revolución. Fondo de Cultura Económica.
- La observación participante PID_00263491. (n.d.). Metodología de la investigación cualitativa en el ámbito laboral. Recuperado de https://openaccess.uoc.edu/bitstream/10609/147145/5/MetodosDeInvestigacionCualitativaEnElAmbitoLaboral_Modulo2_LaObservaconParticipante.pdf
- Lander, E. (2000). La crítica del trabajo social: Teoría y práctica en el contexto latinoamericano. Ediciones Cátedra.
- Lander, E. (2000). Muralismo en Chile: Testimonio de lucha y resistencia. Editorial Sur.
- López, A. (2010). El muralismo como herramienta de cambio social en América Latina. Universidad Nacional Autónoma de México.
- López, A. (2019). Historia del trabajo social: Contextos y procesos. Editorial Cátedra.
- López, J. (2010). Muralismo y memoria histórica: El legado de los murales de lucha. Editorial Universitaria.
- López, J. (2019). El Trabajo Social en el siglo XXI: Nuevas perspectivas. Editorial SocioPress.

- Maldonado, M. (2009). Trabajo social y cultura: Reflexiones para un enfoque crítico. Editorial Universitaria.
- Raigada, J. L. P. (2002). Epistemología, metodología y técnicas del análisis de contenido. Sociolinguistic studies, 3(1), 1-42. Recuperado de: https://www.academia.edu/download/33016492/Pinuel_Raigada_AnalisisContenido.pdf
- Reyes, A. (2016). Trabajo social y prácticas de resistencia en contextos de desigualdad. Editorial de la UAM.
- Rodríguez, R., & Rivas, P. (2017). Investigación cualitativa en ciencias sociales. Editorial de la UAM.
- Sánchez, M. (2016). Reflexión y análisis en la investigación cualitativa. Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- Suárez, P. (2014). Trabajo social y emancipación: Una mirada crítica. Ediciones Akal.

ANEXOS

Anexo N°1

Consentimiento informado

Yo, _____ Rut _____ Declaro que se me ha explicado sobre los detalle de mi participación en el proyecto de investigación _____, a cargo del estudiante Felipe Valenzuela Arias de la carrera Trabajo social en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Acepto participar como entrevistado en la investigación, la cual se llevará a cabo en una única instancia, ya sea de manera presencial o en modalidad online según lo acordado por ambas partes.

Concedo permiso para la grabación de la entrevista en formato de audio, con el propósito de ser transcrita y analizada más adelante, esto será de exclusivo acceso de los responsables a cargo de la investigación en curso.

Reconozco que se me ha informado sobre los posibles beneficios, riesgos y molestias que podrían surgir de mi participación en la entrevista, por lo tanto se ha garantizado que la información recaudada será resguardada de manera confidencial y anónima.

Los investigadores responsables se han comprometido a responder cualquier consulta o duda que pueda tener sobre la aplicación del instrumento, riesgos, beneficios o cualquier otro aspecto relacionado con la entrevista.

Asimismo, el/la entrevistador/a a cargo me ha asegurado que no se revelará mi información personal ni política durante el proceso de investigación y que mis datos serán tratados con la máxima confidencialidad.

Por lo tanto, como participante, acepto de forma libre y voluntaria la invitación y confirmo estar plenamente informado/a sobre el tratamiento de mis datos personales.

He leído esta hoja de consentimiento y acepto participar en la entrevista conforme a las condiciones aquí descritas.

Santiago, a _____ de _____ de 2024.

Firma participante

Firma

entrevistador

Anexo N° 2.

Pauta de Entrevista

1.- ¿Cómo se originó esta organización muralista?

- 2.- ¿Cómo tú ingresaste?
- 3.- ¿Qué te vincula con esto y cuáles son tus motivos?
- 4.- ¿Cómo describirías esta organización muralista?
- 5.- ¿Cuáles son sus objetivos y proyectos que tienen?
- 6.- ¿Cómo describirías el vínculo del muralismo con la comunidad?
- 7.- ¿Qué impacto crees que tienen los murales en la comunidad?
- 8.- ¿Cómo se involucra la comunidad en el proceso de creación de los murales?
- 9.- ¿Cuáles consideras que son las principales dificultades que enfrenta el muralismo en el contexto comunitario actual?
- 10.- ¿Has experimentado alguna resistencia por parte de la comunidad o autoridades o la misma calle al realizar un mural?
- 11.- ¿Crees que las diferencias creativas entre los muralistas pueden generar tensiones dentro del trabajo colectivo? ¿De qué manera?
- 12.- ¿Cómo se ha desarrollado el rol de las mujeres dentro del colectivo?
- 13.- ¿Qué significados atribuyen al muralismo como herramienta para el cambio social en la comunidad?
- 14.- ¿Cómo se relacionan los temas abordados en los murales con las necesidades y preocupaciones de la comunidad?
- 15.- ¿Qué aspectos del muralismo consideras fundamentales como estrategia de intervención social?
- 16.- ¿Qué impacto ha tenido el muralismo en la identidad cultural de la comunidad?
- 17.- ¿Cuáles son los temas más comunes abordados en los murales de la organización?